

BOLSILIBROS
BRUGUERA

este

EDICIONES

B

Lou Carrigan

CORAZON DE ORO



Lectulandia

Sidney Frost oyó la llegada del caballo. Inmediatamente se apartó de la fogata, escondiéndose entre unas matas cercanas, y sacó el revólver. Por el ruido declarado del jinete que llegaba no parecía que Sidney tuviese que temer gran cosa, pero...

Lectulandia

Lou Carrigan

Corazón de oro

Oeste Legendario - 69

ePub r1.0

Titivillus 19.05.2019

Título original: *Corazón de oro*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CORAZÓN DE ORO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

Sidney Frost oyó la llegada del caballo. Inmediatamente se apartó de la fogata, escondiéndose entre unas matas cercanas, y sacó el revólver. Por el ruido declarado del jinete que llegaba no parecía que Sidney tuviese que temer gran cosa, pero...

Pocos segundos después el jinete aparecía en el pequeño círculo de luz que marcaba la fogata. Era un hombre de mediana edad, de aspecto fuerte. Montaba un excelente caballo. Llevaba las solapas de la cazadora subidas y el sombrero muy echado sobre los ojos. Un revólver y un rifle era todo su armamento.

Se quedó mirando unos instantes la fogata. Luego miró a su alrededor, sonriendo irónicamente.

—¿No hay nadie por aquí?

Sidney Frost frunció el ceño. Evidentemente, el recién llegado no estaba dispuesto a ocultar su presencia. Sin embargo, en modo alguno iba a confiarse ante la llegada del desconocido.

Por eso, Sidney Frost apareció a la vista del jinete con el revólver bien empuñado y apuntando hacia aquél.

—¿Le basto yo?

El recién llegado asintió con la cabeza.

—Hola. ¿Puedo quedarme con usted?

—¿Tiene algún interés especial?

—En absoluto. Sólo que quizá, podamos cambiar algunas de nuestras provisiones. Le invito a café —sonrió todavía montado el recién llegado—. Y le aseguro que va a salir ganando con el cambio. Su café le parecerá ya para siempre una porquería después de haber probado el mío.

Sidney Frost era joven. Sonrió. Estuvo mirando especulativamente al visitante y, por fin, dijo:

—Desmonte.

Así lo hizo el recién llegado. Tomó a su caballo de las bridas, lo llevó hacia un lado de la fogata, e inmediatamente procedió a desembridarlo. Tiró

las mantas, la silla y los arreos a un lado; dejando el caballo suelto, se acercó a la fogata extendiendo las manos.

Miró de lado a Frost, que todavía tenía el revólver en la mano.

—Me llamo Mike Spencer —dijo—. Y me dirijo en línea recta desde Presidio a Valentine.

Sidney Frost encogió los hombros.

—Está bien.

El llamado Mike Spencer continuó calentándose las manos y siempre mirando de reojo con expresión irónica a Sidney.

—¿Qué tal si preparamos ya las cenas, amigo?

Frost no había dado su nombre, y Mike Spencer no parecía dispuesto a hacerlo notar. Simplemente, aceptaba el silencio que Sidney mantenía respecto a su identidad. Era muy poco probable que tal identidad interesase a Spencer.

—Puede empezar —musitó Sidney—. Por mi parte, le aseguro que cualquier comida que traiga usted, me parecerá buena.

Spencer asintió con la cabeza.

—¿Qué tiene usted?

Ahora fue Frost quien miró irónicamente a Spencer.

—Cuatro judías y una gota de café. Son mis últimas provisiones.

Spencer le miró ya de un modo directo, si bien con cierta incredulidad.

—Supongo que he oído bien. Es decir, que está usted cruzando la Cuesta del Burro sin provisiones y sin café... Supongo que al menos llevará agua.

—Hay buena agua por la Cuesta del Burro —replicó Frost.

—Si usted lo dice... —de nuevo se encogió Mike Spencer de hombros—. Pero lo cierto es que no quisiera encontrarme por estos lugares en las condiciones de usted. Mucha prisa debía tener para intentar cruzar la Cuesta del Burro en esas condiciones.

—¿Usted no tiene prisa? —inquirió Frost.

—Tengo prisa —admitió Spencer—. Pero no tanta que olvidase comida y bebida. Viajando de este modo llegaré a Valentine medio día antes que si hubiese esperado la diligencia en Presidio. Ese ahorro de tiempo ya es suficiente para mí.

—Usted sabrá.

Spencer fue hacia donde había dejado caer la silla de montar y descolgó de ella las alforjas. Sacó de éstas un pequeño saquito que contenía judías y unos trozos de tocino y una sartén. Con todo ello regresó junto al fuego. Colocó la sartén sobre las brasas y sin mirar a Sidney Frost dijo:

—¿Qué tal si guarda el revólver y me trae un poco de manteca, muchacho?

—Está bien.

—Cójala de mis alforjas. Tengo suficiente... Y no quisiera privarle a usted de la poca manteca que puede quedarle.

Frost fue también hacia la silla de Spencer. Buscó en la alforja y encontró la manteca. Regresó junto a Spencer y se la entregó. Pero todavía tenía el revólver en la mano derecha.

Mike Spencer le miró.

—Soy un hombre tranquilo —gruñó—. Pero me fastidia tanto presumir de revólver. Dispare de una vez o guarde el revólver. O si lo prefiere, dígalo claramente y me largaré de aquí...

Miraba directamente a Frost, casi huraña la expresión. No tenía miedo en absoluto y si había dicho todo aquello era simplemente porque le fastidiaba la actitud de Frost. Éste lo comprendió así y enfundó el revólver.

—¿Se siente mejor ahora? —masculló.

Spencer volvió a encoger los hombros.

—Ni mejor ni peor. Tan sólo he dejado de sentirme fastidiado. Póngase en mi lugar y lo comprenderá.

—Estamos cada uno en nuestro lugar, Spencer. Pero debo admitir que su llegada..., mejor dicho, la llegada de sus judías y su tocino, me parece un buen motivo para que acepte su compañía.

—Muy amable.

Frost se retiró unos pasos, siempre manteniendo fija la mirada en Mike Spencer.

—¿No le interesa saber mi nombre, Spencer?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente. ¿Qué demonios me importa a mí quién sea usted?

—Correcto —rió Sidney Frost—. Entonces voy a decirle mi nombre.

—¿Y bien? ¿Cuál es?

—Sidney Frost.

Mike Spencer se quedó como si tal cosa.

—Muy bien. ¿Algo especial que añadir, Frost?

—Nada. Eso, si acaso, podría añadirlo usted.

—¿Yo?

Frost ladeó la cabeza y miró astutamente a Spencer.

—Dígame la verdad, Spencer. ¿Realmente mi nombre no le ha dicho nada?

—En absoluto —aseguró Spencer—. Lo que me está diciendo algo de usted es su comportamiento. ¿No cree que es un poco estúpido, Frost?

Sidney Frost se echó a reír, por fin. Parecía más tranquilo y como si decididamente acabase de aceptar la presencia de Mike Spencer allí como un hecho auténticamente casual.

—Tiene razón —admitió—: soy un poco estúpido. ¿Puedo ayudarle en algo más para preparar nuestra cena?

—Si le parece —sugirió Spencer—, saque el café de mi alforja y comience a molerlo con su revólver.

—Bueno. Esto es ayudarle. Voy a hacerlo.

Frost fue de nuevo hacia la silla de montar de Mike Spencer.

Fue cuando se estaba inclinando otra vez sobre ésta cuando detrás suyo oyó el suave crujido del percutor de un revólver al ser alzado.

—No se mueva, Frost —dijo Spencer—. Le aseguro que puedo colocarle una bala en el pescuezo antes de que haya temblado uno solo de sus dedos.

Sidney Frost no se movió. Quedó completamente inmóvil, pálido, mordidos los labios. Permaneció incluso en la postura que tenía al ser conminado, es decir, un poco inclinado hacia delante y con las manos casi tocando la silla de montar.

—¿Tendré que estar mucho rato así, Spencer?

—No me llamo Spencer —rió éste—. Mi verdadero nombre es Jess Garvan. Y ahora, Frost, vuélvase.

Sidney Frost se volvió, despacio. Todavía estaba más pálido que antes. Y dada la escasez de acontecimientos hasta el momento, tal intensidad de palidez sólo podía deberse al nuevo nombre que Mike Spencer acababa de proporcionarle.

—¿Jess Garvan? —musitó Frost.

—Exactamente, muchacho. Jess Garvan. No me diga que ha oído hablar de mí.

Estaba claro que Jess Garvan gozaba con la situación. No de un modo exagerado, sino del modo que demostraba que había sabido en todo momento que la situación acabaría por ser suya.

—He oído hablar de usted —admitió Sidney Frost—. No es más que un cochino cazador de hombres.

—Exacto. Sólo que sobra lo de cochino, Frost. ¿No cree?

—No. No creo, Garvan.

—Bueno, esto es cuenta suya. De todos modos, Frost, aunque en lugar de llamarme cochino me hubiese llamado encanto, usted iba a venirse conmigo a Valentine. Me conoce muy bien. Soy, en efecto, un cazador de hombres. Y puesto que usted vale ni más ni menos que mil dólares, pues salí en su busca tras oír por ahí que andaba escondiéndose en la Cuesta del Burro.

—Muy bien, Garvan. Ya me ha encontrado. ¿Y ahora?

—Ahora, Frost, voy a hacerle un favor.

—¿Un favor? ¿Un favor usted a mí, Garvan? ¿Qué clase de favor?

—Pues... Voy a ser sincero con usted, muchacho. Tengo entendido que una partida de hombres, a cuyo frente va un alguacil realmente molesto y tenaz, se está acercando a la Cuesta del Burro. Como usted comprenderá, en cuanto lo atrapen lo van a linchar. Y como yo tengo un corazón de oro, me he dicho que era una pena que linchasen a un muchacho tan joven y tan simpático.

—Muy amable.

—¿Verdad que sí? —volvió a reír Jess Garvan—. Tenga en cuenta que no todos los cazadores de hombres tienen un corazón de oro. Yo sí lo tengo. Y se lo voy a demostrar, Frost. Voy a impedir que le linchen.

—¿De veras? Vaya..., es usted en verdad amable y cariñoso, Garvan.

—Así es. Y cuando yo digo una cosa la cumplo, Frost. Vea. Ya nadie va a molestarse en lincharlo a usted gracias a mi corazón de oro.

Dicho esto, Jess Garvan apretó el gatillo.

Sidney Frost recibió el primer balazo en el lado derecho del pecho. Giró hacia ese lado dando dos rapidísimas vueltas sobre sí mismo, en posición vertical, y cayó de bruces sobre su propia silla de montar.

Pareció rebotar allí, y de un salto quedó en pie... Justo para recibir en pleno corazón el segundo balazo disparado por Jess Garvan. Esta vez, Sidney Frost saltó hacia atrás ya muerto. Quedó tumbado de espaldas sobre su silla de montar. Tenía los ojos abiertos, mirando hacia el estrellado cielo de Texas.

Sólo que ya no podía ver ni el cielo ni las estrellas, porque un hombre con corazón de oro le había librado de todas sus preocupaciones.

* * *

John Sanders, alguacil de Valentine, estaba mirando agriamente al hombre que tenía ante la mesa de su despacho.

—De acuerdo, Garvan —dijo secamente—. Usted ha traído un hombre que estaba valorado en mil dólares. ¿Qué más quiere ahora?

—Nada más —sonrió Jess Garvan—. Tan sólo me pregunto qué es lo que le disgusta de eso, alguacil.

—No me disgusta que Sidney Frost haya muerto, se lo aseguro. Pero a decir verdad, todavía me gusta mucho menos que sea usted quien lo haya matado.

—¿Por qué?

—No me gusta usted, no me gustan en general los tipos como usted. Pero no voy a ocultarle que su nombre, Garvan, es ya bastante conocido en esta... digamos productiva actividad.

—Una actividad —continuó sonriendo Garvan—, que me parece no es de su agrado, alguacil.

—No. No es de mi agrado, Garvan.

—Bueno. Eso es exclusivamente cuenta suya. Lo único que tiene usted que hacer es informar de la muerte de Sidney Frost, reclamar los mil dólares que daban por él, vivo o muerto, y avisarme. Estaré alojado durante estos días en el mejor hotel de Valentine. ¿Tiene algo más que añadir, alguacil?

—En absoluto. Por mí, incluso le he estado viendo demasiado rato.

Jess Garvan encogió los hombros. Dio la vuelta volviendo la espalda a John Sanders y salió del despacho de éste, situado casi en el centro de la calle Mayor de Valentine, en el condado de Jeff Davis, Texas.

Cruzó la calle Mayor dirigiéndose hacia el hotel en el cual pensaba alojarse. Sabía que muchas de las personas que lo miraban al cruzarse con él o desde las aceras se habían enterado ya de que él era Jess Garvan, el más implacable cazador de hombres. Pero eso no le importaba en absoluto a Jess Garvan.

Era un hombre casi alto, ancho de hombros, de mandíbula firme, y ojos oscuros que miraban siempre con dureza.

Por eso, y por la facilidad y soltura con que caminaba con el revólver pegado al muslo, nadie se atrevió ni siquiera a mirarlo con desagrado. Simplemente, lo iban a tolerar durante el tiempo que estuviese en Valentine.

Una cosa era segura. Los cazadores de hombres no estaban excesivamente bien considerados en ningún sitio.

Pero tampoco a esto hacía grandes apreciaciones Jess Garvan, quien a sus cuarenta y cinco años, ya con muchas hebras grises en su abundante cabellera, y habiendo conocido y matado a muchos hombres, podía prescindir no ya de la opinión de los demás, sino incluso de su compañía.

Llegó al hotel, pidió la mejor habitación disponible, encargó que su caballo fuese reglamentariamente atendido, y se dispuso a descansar en el

pueblo esperando la recompensa de mil dólares que se había ganado al matar a Sidney Frost.

* * *

La recompensa no tardó demasiados días en llegar. Por lo general, tardaban, pero Garvan había observado ya que en su caso los alguaciles encargados de los trámites de petición aceleraban lo máximo posible.

Y así debía de haber ocurrido con John Sanders, quien, apenas Garvan le hubo abierto la puerta de su habitación, le tendió un fajo de billetes.

—Mil dólares, Garvan. Aquí tiene el precio de la vida de Sidney Frost.

—Ha sido muy amable en traérmelos, Sanders, y le agradezco mucho que se haya dado tanta prisa.

—No me lo agradezca, Garvan, porque no lo he hecho por usted, sino por mí... y por todo Valentine. Estaremos mucho más tranquilos cuando usted cabalgue hacia otro lugar.

Jess Garvan frunció el ceño.

—¿Tiene algo más que decir, alguacil?

—No, Garvan; ya lo he dicho todo. ¿Podemos contar con la satisfacción de verlo marcharse de aquí?

—Cuenten con ello —rió Garvan—. Y será dentro de muy pocos minutos, Sanders. Se lo aseguro.

—Magnífico.

El alguacil dio la vuelta y marchó pasillo adelante, hacia las escaleras. Garvan cerró la puerta y contó rápidamente el dinero. Sonriendo, lo guardó en un bolsillo de la cazadora. Luego, con rapidez y método, todo muy ordenado, recogió sus pocas cosas, las metió en las alforjas y se las echó a un hombro.

Bajó al vestíbulo del hotel, pagó la cuenta y encargó que ensillasen su caballo. Dejó las alforjas allí y salió del hotel.

Tres minutos después entraba en el Banco de Valentine. Allí puso una transferencia por los mil dólares obtenidos. La transferencia iba a nombre de Jess Garvan en la cuenta que tenía en el Pecos City Bank, en Pecos.

Cumplidos los requisitos para la operación bancaria, Jess Garvan regresó al hotel. Delante de éste estaba ya listo para ser montado su caballo. Garvan lo tomó de las riendas y fue con él hacia la oficina de la ley, en la otra acera.

Dejó el caballo suelto y subió al porche de la oficina que John Sanders tenía a su cargo como alguacil de Valentine. Estuvo mirando unos instantes

los boletines de recompensas que aparecían clavados en la tablilla de anuncios.

John Sanders frunció el ceño, realmente hosca la expresión; lo miraba en silencio.

Por fin, Garvan señaló uno de los pasquines en el cual se veía el rostro de un hombre de su edad aproximada, y cuyo gesto era no menos duro y viril que el del propio Jess Garvan.

El nombre del forajido reclamado era Harlan Everitt y su cabeza valía dos mil quinientos dólares. Era el más... cotizado de los que se veían en la tablilla.

Garvan preguntó:

—¿Puedo llevarme ese pasquín, Sanders?

—No.

—¿Por qué?

—Ese pasquín está en la tablilla de avisos de la oficina de la ley en este pueblo, Garvan... ¿Pretende usted que para su mejor información todo el pueblo se quede sin ella?

—Oh, vamos —rió Garvan—, usted sabe perfectamente que nadie en este pueblo va a tener agallas suficientes para salir a la caza de Harlan Everitt.

—No importa. Es un aviso que yo he clavado ahí, y ahí se quedará, Garvan.

Éste encogió los hombros.

—No importa. No es difícil recordar el rostro de Harlan Everitt. También su nombre es fácil de recordar. Y lo más fácil de recordar de todo son los dos mil quinientos dólares que ofrecen por él vivo o muerto. Hasta la vista, Sanders.

-Ojalá no sea así, Garvan.

Riendo, Jess Garvan saltó desde la acera de tablas a su caballo. Y segundos después desaparecía por la punta norte de la calle Mayor de Valentine.

CAPÍTULO II

Harlan Everitt había acampado aquella noche entre Finlay Mountais y Sierra Blanca. Su caballo pastaba cerca de él mientras se dedicaba a calentar el café, que sería digno final de una cena abundante.

Posiblemente, una de sus últimas cenas abundantes y hechas a su propio gusto, ya que lo que pensaba hacer en El Paso posiblemente le privaría de todas aquellas pequeñas satisfacciones.

Harland Everitt tenía cuarenta y cuatro años, era alto, delgado, de rostro seco, huesudo, y una gran mandíbula que anunciaba un carácter resuelto y belicoso. Solamente llevaba un revólver, pero en Texas se sabía muy bien que Harlan Everitt no necesitaba más.

Quizá por eso, por esa seguridad en sí mismo y por la decisión que había tomado y que le llevaba a El Paso, Harlan Everitt no estuvo demasiado atento aquella noche a lo que ocurría a su alrededor.

Sí.

Quizá por eso fue que el ruido de la palanca de un Winchester al ser movida llegó a oídos de Everitt en cuando la cosa ya no tenía remedio.

Eso lo comprendió inmediatamente Harlan Everitt, y se quedó completamente inmóvil. Ni siquiera respingó; continuó mirando el pote que había sobre las brasas, como si estuviese dedicando toda su atención al café. Tampoco se movió cuando aquella voz desconocida dijo detrás suyo:

—Estoy seguro que ha oído perfectamente mi rifle, Everitt.

—Lo he oído —asintió Harlan, sin volverse.

—Muy bien. Entonces supongo que puedo contar con un comportamiento inteligente por parte de usted.

—¿Quiere café? —ofreció Everitt.

—Tomaré café con mucho gusto. Pero me lo serviré yo mismo. Y eso será cuando usted se haya servido el suyo, Everitt, y se aleje de la cafetera.

Harlan Everitt se volvió lentamente y miró con ojos risueños al hombre que le estaba amenazando con un Winchester 73.

—Creo que usted ha oído muchas historias de mí —apuntó—. De lo contrario no estaría tan preocupado por mi reacción ante su amenaza.

—No estoy preocupado, Everitt —sonrió el inesperado visitante del rifle—. Lo que ocurre es que prefiero no fiarme de usted ni un instante.

—Hará muy bien.

—Desde luego. Pero insisto en que no estoy asustado. Su nombre es Harlan Everitt. Muy bien. El mío es Jess Garvan.

Everitt se alteró ligeramente, y sólo por un segundo, al oír el nombre de quien le amenazaba con tanta firmeza rifle en mano.

—¿Jess Garvan?

—Eso es —sonrió Garvan—. Parece que también usted ha oído mi nombre, Everitt.

—Lo he oído. Y creo que quien lo pronunciaba lo hacía escupiendo, Garvan.

—Seguramente tenía la boca sucia —sonrió de lado Garvan, muy brillantes los ojos—. ¿También usted la tiene sucia, Everitt?

—Yo no. Yo tengo siempre la boca limpia. Los dientes un poco amarillos a veces, pero me enjuago la boca y puedo volver a enseñarlos por otros cuántos días.

—Tiene usted muy buen humor.

—Eso dicen. ¿Qué tal anda usted de humor, Garvan?

—También es bueno. Quizá incluso mejor que el suyo.

—¿Está intentando hacerme creer que el humor de un cazador de hombres es mejor que el de un pistolero, Garvan?

—Digamos que el humor de un cazador de hombres es muy bueno cuando encuentra a uno de esos hombres..., a una pieza que vale dos mil quinientos dólares.

—¡Oh!

—¿Hay algo que no vaya bien, Everitt?

—Pues... ¿Ha venido a cazarme a mí, Garvan?

—¿Usted qué cree?

—Pues creo que sí. Pero debo advertirle que está perdiendo el tiempo.

—¿Por qué?

—Por que ya no valgo nada.

Jess Garvan se echó a reír.

—¿Llama usted nada a dos mil quinientos dólares, Everitt?

—Es que ya no los valgo, Garvan. Precisamente llega usted en el momento en que Harlan Everitt va a dejar de ser lo que ha sido durante estos

últimos años.

—No le entiendo.

—¿Quiere café o no quiere café, Garvan?

—Ya le he dicho que tomaré café. Sírvase usted primero y deje la cafetera y un pote sobre esa piedra. Luego retírese hacia aquella roca pelada, Everitt. Y le aseguro que no me importará disparar contra su espalda si veo que hace el menor movimiento.

Harlan Everitt se sirvió café, luego se puso en pie, dejando de estar acucillado junto al fuego, y miró serenamente a Jess Garvan.

—Voy a demostrarle, Garvan, que ya no valgo nada. Voy a bajar la mano hacia la hebilla de mi cinto. Sólo una mano, Garvan. Y con esa mano voy a desabrochar el cinto y lo voy a dejar caer al suelo. Luego, si usted tiene ganas de perder el tiempo, puede llevarme ante cualquier oficina de un *sheriff* o alguacil. Pero le advierto que ya tengo a un rural que me está esperando cerca de El Paso, en la misión de Nuestra Señora del Carmen.

Garvan ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—No entiendo esto muy bien, Everitt.

—Se lo explicaré mejor. Pero en primer lugar, si le parece, dejaré caer mi revólver al suelo.

—Por mi parte, encantado —susurró Garvan—. Pero, Everitt, tenga cuidado.

—No se preocupe.

Harlan Everitt tenía el pote de hojalata en el que bebía café, en la mano izquierda. Se lo pasó a la derecha, dejando así mucho más claramente establecido todavía que no pensaba utilizar esta mano, y bajó la izquierda hacia la hebilla de su cinto.

Los ágiles y fuertes dedos del que hasta entonces había sido un peligroso pistolero, desabrocharon la hebilla. El cinto con la funda y el correspondiente revólver en ésta, cayó al suelo. Luego, Harlan Everitt se apartó unos pasos de allí y continuó bebiendo tranquilamente café, fija su mirada en Jess Garvan.

Éste miraba incrédulamente al forajido por cuya cabeza ofrecían dos mil quinientos dólares.

—No voy a engañarle, Everitt —susurró Garvan—. Me ha desconcertado.

—Lo supongo —sonrió el forajido—. Pero ya le he dicho que se ha terminado la vida que Harlan Everitt ha llevado hasta el momento.

—¿Tiene eso algo que ver con lo que ha dicho antes?

—Exactamente. Un sargento de rurales me está esperando en la misión de Nuestra Señora del Carmen, cerca de El Paso. Yo le telegrafíé y le dije que

Harlan Everitt se entregaría pasado mañana en ese lugar a los rurales de Texas. Supongo que pasaré unos años en la cárcel, Garvan, pero cuando salga viviré ya tranquilo siempre.

—¿Unos años en la cárcel, Everitt? —musitó Garvan—. No diga tonterías. Si los rurales le atrapan, le llevarán a que le juzguen.

—Eso es precisamente lo que quiero, Garvan.

—¿Quiere que le juzguen? ¡No sea estúpido! Si lo juzgan, Everitt, no le van a condenar a unos cuantos años de cárcel. Lo van a condenar a muerte.

—No lo creo. Es más, Garvan, le diré que el sargento de rurales con el cual me puse en contacto, ya que lo conocía de ciertas..., de ciertas relaciones pasadas entre nosotros, me aseguró que al entregarme todavía aumentaban mis posibilidades de rehabilitación.

—¿De veras?

—¿Usted lo duda?

—¿Qué es lo que supone usted que yo dudo?

—Le estoy preguntando si duda de la palabra de un rural, Garvan.

—Para mí, la palabra de un rural es igual que la de cualquier otro hombre. Pero yo insisto, Everitt, en que si usted se entrega va a ser juzgado... y condenado a muerte.

—Verá cómo no, Garvan.

—¿Lo veré?

—Bueno..., supongo que usted no va a desistir de ganar los dos mil quinientos dólares que ofrecen por mi cabeza. Y por tanto me va a llevar a presencia de ese sargento de rurales. No sé si al haberme ofrecido yo para entregarme cobrará o no cobrará usted la recompensa. Pero al menos conocerá a un rural cuya palabra puede que sea diferente a la mía... o a la de usted.

—Un momento, un momento... ¿Está usted sugiriendo, Everitt, que quizá no me den los dos mil quinientos dólares por llevarle allá?

—Pues... todo es posible. Pero teniendo en cuenta que no estoy gozando precisamente de una amnistía, ni me he entregado todavía, y puedo arrepentirme en el camino hacia la misión de Nuestra Señora del Carmen, cabe la posibilidad de que si usted me lleva cobre la recompensa, Garvan.

—Eso ya me gusta más.

—Lo celebro. Y ahora, ¿no quiere tomar café todavía?

—Con gusto.

Jess Garvan se dirigió hacia la fogata. Se acuclilló frente a ésta, siempre con el rifle en su mano derecha apuntando a Harlan Everitt, de modo que éste

comprendió que aquel rifle estaba en muy buenas manos, que sabrían manejarlo adecuadamente en el momento oportuno, y se sirvió café con la izquierda.

Se puso en pie y, siempre mirando a Harlan Everitt, bebió un sorbo de café.

—Estoy dándole vueltas a todo esto que usted ha dicho, Everitt. Y cuantas más vueltas le doy más llego a la conclusión de que su entrega voluntaria le va a costar la vida.

—Es posible, Garvan. Pero voy a correr ese riesgo... Que no es tal riesgo, pues como le acabo de decir ese sargento de rurales me ha ofrecido ciertas garantías.

—Garantías —Garvan se echó a reír—. ¡Ésta sí que es buena!

—¿Qué es lo que le causa tanta risa, Garvan?

—Lo de las garantías. ¿Qué otras garantías pueden ofrecerle que no sea una cuerda de cáñamo al cuello?

—No me ahorcarán.

—Le ahorcarán, Everitt, le ahorcarán... No le quepa duda. Pero yo voy a evitar que le ahorquen.

—¿Usted?

—Exactamente, y precisamente yo, Everitt. Y le voy a decir por qué voy a evitar que le ahorquen.

—Dígalo. ¿Por qué?

—Porque tengo un corazón de oro.

Dicho esto, Jess Garvan apretó el gatillo del rifle que sostenía hábilmente tan sólo con la mano derecha. El potente estampido resonó en la calma de la noche tejana que oscurecía las Finlay Mountains.

Harlan Everitt saltó tan violentamente hacia atrás que cayó no menos de quince pies del lugar donde había estado un segundo antes en posición vertical... y vivo.

Quedó tendido de espaldas sobre la áspera tierra.

Estaba muerto. La bala del Winchester 73 le había atravesado con toda limpieza y exactitud el corazón.

Delante de sus pies, todavía, junto a la fogata, Jess Garvan bebió otro sorbo de café.

-Es un buen café —admitió—: está caliente y bastante espeso. Y ése ha sido mi modo de agradecersele, Everitt. Seguro, hombre, seguro... ¿No le digo yo que le iban a ahorcar? Pero para eso estoy yo aquí, con mi corazón de

oro. Ya ve. Un simple disparo, amigo Everitt, y ya nadie va a molestarse en colgarlo. ¿No cree que es algo digno de agradecimiento?

Sonriendo, Jess Garvan acabó el café. Luego se dedicó a recoger todas las pertenencias de Harlan Everitt. Las reunió y las fue colocando en los lugares correspondientes de la impedimenta que el forajido valorado en dos mil quinientos dólares vivo o muerto había llevado en su silla de montar.

Lo dejó todo bien apilado y bien puesto, excepto una manta. Tiró esta manta junto al cadáver de Harlan Everitt y fue a recoger el cinto de éste. Regresó junto al cadáver y le colocó el cinto de tal modo que parecía que éste siempre había estado allí, en la cintura de Everitt.

Se incorporó, lo miró, y pareció satisfecho.

Entonces envolvió a Harlan Everitt en la manta y lo empaquetó sólidamente con el lazo que también tomó de la impedimenta del hombre muerto.

Por último, Jess Garvan apagó la pequeña fogata, cogió su propia manta de la silla de montar, se tumbó en un lugar que le pareció aceptablemente cómodo y resguardado del viento, y se envolvió en ella.

¡Qué tontería! ¿Cómo podía pensar Harlan Everitt, después de tener la cabeza puesta a precio nada menos que en dos mil quinientos dólares, que cuando lo juzgasen podían condenarlo a otra cosa que no fuese la horca?

Pero allí estaba él, Jess Garvan, el hombre del corazón de oro, que cabalgaba por toda Texas favoreciendo a los pobres forajidos reclamados. Un balazo siempre era mejor que un nudo corredizo al cuello.

Jess Garvan se durmió con una sonrisa bondadosa y al mismo tiempo irónica en los labios.

Pero, realmente..., ¿no tenía él un corazón de oro?

CAPÍTULO III

Jess Garvan acampó a la noche siguiente también en las montañas cerca de Clintville, a unas veinte millas de El Paso.

Durante aquel día no había podido cabalgar mucho debido a que tras él llevaba el caballo de Harlan Everitt con el cadáver de éste cruzado en la silla de montar. Era cierto que disponía de dos caballos y por tanto no tenía por qué sobrecargar el suyo. Pero un hombre muerto y cruzado en la silla no puede cabalgar al ritmo de un hombre vivo.

Por eso, aquel día, Jess Garvan había recorrido como veinte o veintidós millas, teniendo en cuenta que las primeras de ellas habían sido las más difíciles por ser las últimas estribaciones de las Finlay Mountains.

Y tras esa cabalgada corta que le acercaba a El Paso donde pensaba... canjear el cadáver por la bonita suma de dos mil quinientos dólares, Jess Garvan se dijo que era el momento de cenar algo y descansar tras la dura jornada.

Pero apenas había prendido la primera llama en la fogata donde pensaba cocinar su cena, el cazador de hombres oyó la llegada de un jinete.

Se apartó del fuego colocándose detrás de un roble y sacó el revólver. Él, mejor que nadie, sabía muy bien lo desagradable que puede resultar una sorpresa en circunstancias como aquélla.

Pero quién llegaba no buscaba sorpresas, ni al parecer, pelea. Cosa ésta que tampoco tranquilizaba en absoluto a Jess Garvan. Él sabía muy bien todo cuanto se refería a llegada y partida de acampadas como aquélla.

La fogata continuaba ardiendo por sí sola, aumentando la cantidad de fuego y por tanto de luz.

Y así cuando el jinete apareció cerca de ella, Jess Garvan, detrás del roble con el revólver empuñado, pudo ver claramente el rostro del muchacho.

Un muchacho muy joven.

Tan joven, que Garvan se sintió casi disgustado consigo mismo por el hecho de haberse sobresaltado. No sería aquel muchacho quien pudiese hacer frente de un modo adecuado a Jess Garvan.

Y así, el cazador de hombres se dejó ver. Apareció por detrás del roble todavía con el revólver en la mano, pero en actitud evidentemente descuidada y tranquila.

—Hola —saludó.

El muchacho recién llegado miró hacia allí casi con sobresalto.

—Hola —musitó.

—¿Qué tal? —sonrió Jess Garvan—. ¿De viaje, muchacho?

—Sí, señor.

—Muy bien. Bueno, ¿qué estás esperando para desmontar?

—¿Puedo hacerlo?

—Naturalmente —rió Garvan—. Anda, desmonta de una vez y ven para acá. Quiero verte bien. ¿Vas armado?

—Claro.

—Así me gusta. Desmonta y acércate a la fogata.

El muchacho obedeció. Desmontó lentamente, siempre dando la cara a Garvan, pero al mismo tiempo dejando muy visibles sus manos para evitar confusiones y, dejando suelto su caballo, se acercó a la fogata.

Jess Garvan lo examinó con rapidez, pero con buen ojo. Era un muchacho alto y desgarbado, de rostro seco, pero conservando la expresión un tanto infantil todavía. Llevaba un Smith and Wesson 44, colocado en el muslo derecho, muy bajo.

Los pantalones estaban bastante deteriorados, y todo lo que se podía hacer ya por las botas del muchacho era comprar unas nuevas. En cuanto a la camisa, tenía posiblemente tantos pedazos que de la tela original podía quedar la cuarta parte. Un solo tirante, ancho, de terciopelo negro, sostenía los pantalones del muchacho, pasando por uno de sus hombros. El sombrero de alas cortas y muy alzadas, dejaba escapar unas largas greñas rubias y simpáticas.

También era simpática la expresión de los grandes y claros ojos del muchacho, que miraba a Jess Garvan como preguntándose si podría escapar con vida de un hombre como él.

Jess Garvan sonrió.

—¿Hacia dónde vas?

—Eee... yo... hacia El Paso. Sí, hacia El Paso.

—Muy bien. ¿Has cenado?

—No, señor.

—¿Llevas algo que comer?

—Sí, señor.

—¿Qué llevas?

—Oh, pues... Bueno, llevo... judías, cecina y... y unos cuantos huevos.

Garvan se quedó boquiabierto.

—¿Has dicho huevos?

—Sí, señor.

—¿Huevos? ¿Huevos de gallina?

—Sí, señor.

—Vaya... ¿De dónde los has sacado?

El muchacho se mordió los labios y se quedó mirando cada vez más fijamente al cazador de hombres.

—Los..., los encontré...

—¿Los encontraste? —Garvan se echó a reír—. ¡Por el amor de Dios, muchacho, no me digas que has robado unos cuantos huevos...! ¿O sí los has robado?

—Pues yo..., yo... Vaya, vi... ¡Sí, señor! —dijo de pronto—. ¡Los he robado!

Jess Garvan parecía cada vez más divertido.

—Eso está muy mal, chico.

—¡Ya lo sé! Pero... bueno, donde yo robé esos cuántos huevos no los van a echar de menos.

—Quizá tengas razón.

—¿Le gustan a usted los huevos?

—Pues sí, me gustan —admitió socarronamente Garvan—. Y precisamente no puedo comer muchos debido a que no son cómodos de llevar cuando se cabalga siembre de un lado a otro. ¿Cuántos tienes exactamente?

—Cinco.

—¡Cinco huevos! —exclamó Garvan—. Bueno, ése es un plato apetitoso, chico. ¿Eres de los que comparten lo que tienes? ¿O no eres de esa clase de tipos?

—Con mucho gusto compartiré mi... botín con usted, señor.

—Eres un muchacho simpático —dijo Garvan—. De acuerdo, quédate... Un momento. ¿Sabes manejar ese revólver?

El muchacho le miró como si acabase de oír una tontería.

—¡Naturalmente!

—¿Bien o mal?

—Creo que bien. ¿Por qué?

—Pues te diré por qué te he hecho la pregunta, muchacho. Por bien que tú manejes ese revólver, yo manejo mucho mejor el mío. No sé si me entiendes.

—Sí, señor. Le entiendo perfectamente. Pero a mí, eso de que usted maneje el revólver mejor que yo no me importa en absoluto..., a menos que sea usted el dueño de los cinco huevos.

Garvan se echó a reír ya definitivamente, de buena gana. Enfundó el revólver y se acercó más al muchacho. Se quedó mirándolo con expresión acogedora, y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Eli. Eli Palmer, señor. ¿Y usted?

—¿Estás preguntándome mi nombre, chico?

—Claro.

—¿Tú no sabes que no se debe preguntar el nombre a los desconocidos?

—Usted me lo ha preguntado a mí. ¿Por qué no puedo preguntárselo yo a usted?

—¡Demonios! —sonrió Garvan rascándose la coronilla—. No eres precisamente de los que tienen pelos en la lengua, ¿eh?

—No, señor. Usted tampoco los tiene, porque me ha preguntado mi nombre.

—Eres un chico listo. ¿De verdad tienes cinco huevos?

—De verdad. Pero usted no los va a ver hasta que me diga cómo se llama, señor.

—Pues... ¿Quieres el nombre falso o el verdadero? —sonrió nuevamente Garvan.

—Tanto da. Es para no estar llamándolo señor mientras estemos juntos.

—¡Oh...! ¿Te molesta llamarme señor?

—¡Psé...! No es muy fácil acostumbrarse a según qué cosas. ¿Cómo se llama..., señor?

—Jess Garvan.

—Muy bien, Garvan. Y ahora, dígame: ¿qué puede usted ofrecerme a cambio de los huevos frescos?

—¡Vaya...! ¡Bueno, que me maten si no eres un chico despierto! Puedo ofrecerte... café, buen tabaco... y tocino fresco, no esa porquería de cecina que dices que llevas.

—Bueno, cambiaré huevos frescos por tocino fresco, Garvan. ¿Le parece bien?

—¡Me parece estupendo, muchacho! Bueno, trae acá esos huevos y vamos a preparar el banquete de esta noche. ¿Correcto?

—Correcto, Garvan.

El muchacho fue hacia su caballo y descolgó las alforjas de la silla. Luego quitó ésta de sobre el lomo del animal e hizo lo mismo con las bridas, dejándolo completamente suelto y libre de molestias.

—¿No crees que puedes quedarte sin caballo, chico?

—No, señor. Mi caballo y yo nos entendemos bien. No creo que tenga interés en alejarse de mí, porque... ¿Qué es eso?

Eli Palmer acababa de señalar de pronto, como sorprendido, el gran bulto que había a un lado del pequeñísimo calvero rodeado de robles y rocas. El gran bulto estaba formado por una manta y una soga que la envolvía formando un paquete sólidamente atado.

—¿Eso? —retrucó Garvan.

—Sí, sí... Ese fardo que veo ahí, junto a esas peñas.

—Bueno. Eso es un muerto, chico.

—¿Un muerto?

—¡Ajá!

—¿Un hombre muerto?

—Exactamente. ¿Te asusta?

—¡Hum...! No, señor. No me asusta. Sólo me sorprende. Pero tampoco mucho, no crea usted. ¿Y para qué demonios quiere usted un hombre muerto?

—Para ganar dinero.

—¿Dinero?

—No me digas que no has oído hablar nunca de Jess Garvan, muchacho.

—Pues no... Al menos no lo recuerdo. Pero voy entendiendo que es usted un... un cazador de pasquines, Garvan.

—Lo soy. ¿Te molesta?

Eli Palmer se echó el sombrero atrás de un manotazo y se rascó furiosamente la cabeza.

—Pues si quiere que le diga la verdad, no lo sé.

—De acuerdo —rió Garvan—. Puedes ir pensándolo mientras freímos los huevos y el tocino.

—Sí, señor. Es una buena idea.

Se dedicaron los dos a prepararlo todo para la cena. Garvan, por supuesto, aunque no lo parecía, no perdía de vista ni un instante a Eli Palmer, el cual no parecía darse cuenta de esta discreta pero eficazísima vigilancia que el desconfiado, o, simplemente precavido cazador de hombres, ejercía sobre él.

Poco después, los dos estaban cenando huevos y tocino frito con judías, mientras el café se preparaba en el fuego.

—¿Estás de vaquero en algún rancho cercano, Eli?

—No, señor. Lo estaba. Pero ya no.

—¿Pasó algo malo?

—No. Simplemente, me fui. No estaba a gusto allí y me dije que para no estar a gusto en un sitio, más vale buscar otro.

—A eso le llamo yo ser inteligente. ¿Piensas encontrar trabajo en El Paso?

—No he pensado en ello. Tengo algunos dólares, y creo que de momento me gustaría cabalgar un poco... Texas es muy grande.

—Es cierto —sonrió Garvan—: Texas es muy grande.

—¿Le parezco tonto?

—No. ¿Por qué habías de parecerme tonto?

—Pues no sé... Claro que, tarde o temprano, tendré que buscar trabajo en otro sitio... —miró de pronto hacia donde estaba el cadáver y preguntó—: ¿Cómo lo cazó?

Jess Garvan también dirigió una rápida mirada donde yacía el cadáver empaquetado de Harlan Everitt.

—¿Te gustaría saberlo?

—Sí, señor.

—Pues... Bueno, no creas que es tan fácil salir a la caza de forajidos.

—¿Cuánto van a darle por ése, Garvan?

—Dos mil quinientos dólares. ¿Qué te parece?

—¡Fiuuu...! ¡No está nada mal, no!

—¿Verdad que no? Pero, claro, para salir a cazar forajidos de esa importancia, muchacho, hay que estar muy bien preparado.

—¿Quién es?

—Querrás decir quién era —rió Garvan.

—Bueno, sí, eso he querido decir... ¿Quién era?

—Se llamaba Harlan Everitt. Y en verdad te digo que era un peligroso pistolero, Eli.

El muchacho permaneció silencioso unos segundos, con la cabeza baja, mirando su comida. Luego, comentó:

—Pero usted lo era más. ¿Verdad?

—Pues lo cierto es que él está muerto y yo estoy vivo. Decide tú mismo cuál de los dos era más peligroso.

—¿Puedo verlo?

—¿Ver a quién? ¿A Harlan Everitt?

—Sí.

—No me parece un espectáculo que pueda resultarte interesante, chico.

—Sólo quisiera ver de cerca un hombre muerto a balazos.

—Lo maté ayer noche, como a veintitantas millas de aquí. Lo más engorroso de este tipo de cacerías, Eli, es que, para convencer a quienes han de pagar de que, en efecto, has cobrado la pieza, debes llevársela.

—¿Puedo verlo?

—Está bien. Ve a echarle un vistazo. Si tanto insistes es de suponer que tu estómago es sólido.

—Muy sólido, Garvan.

Eli Palmer se puso en pie y fue hacia el empaquetado cadáver. Dejó el plato de estaño sobre una piedra y palpó el bulto hasta encontrar el lugar donde estaba la cabeza de Everitt. Entonces, aflojó las cuerdas y quitó la manta de modo que el rostro del forajido quedó visible a la luz de la luna y de la fogata donde habían cocinado su cena el cazador de hombres y el muchacho.

Éste vio el rostro seco y anguloso de Harlan Everitt. Se veía crispado en su última mueca de dolor y sorpresa. Tenía los ojos cerrados, y su cara era como una mancha blanco-amarillenta. La rigidez había hecho ya completo efecto en su cuerpo y en sus facciones. Las facciones parecían de piedra, de tono cerúleo... Blanco amarillento, en efecto. Y el cuerpo estaba medio doblado por la forma que había adoptado al ir cruzado en la silla de montar.

—Parece que te gusta contemplarlo, Eli.

El muchacho se volvió casi sobresaltado.

—No. No... Estaba pensando que este hombre, como otros muchos, pudo pensar que era el más rápido en cualquier pelea.

—Todos pensamos eso... —admitió Garvan—. Anda, deja ya de contemplarlo y ven a acabar de cenar.

—Sí, señor...

Eli volvió a tapar el rostro del cadáver, y colocó las cuerdas en su sitio. Recogió su plato de comida y volvió junto al fuego. Se dedicó a comer en silencio, pensativo, siempre bajo la atenta y todavía vigilante mirada del cazador de hombres.

—¿Te ha impresionado?

—Un poco —admitió Eli Palmer.

—¿Por qué?

—No sé... Al fin y al cabo es un hombre muerto, ¿no?

—Sí. Es un hombre muerto.

—¿Cómo lo cazó?

—Ya me lo preguntaste antes. Simplemente, se busca la pieza. Se la rastrea, se la busca, se la localiza... y finalmente se piensa en el mejor modo

de cazarla. Quiero decir, naturalmente, con las máximas garantías para el cazador.

—¿Y para el cazado?

—Pues... Bien, se le ofrecen, naturalmente. Ten en cuenta, chico, que Harlan Everitt era un hombre muy peligroso. Y que, por supuesto, él también llevaba su revólver. Por tanto, las garantías que tuvo de defensa son las mismas que ha tenido durante toda su vida. Y si pensamos que Harlan Everitt ha matado a muchos hombres, sólo podemos considerar ahora que el estar muerto significa que ha encontrado a otro hombre... más peligroso que él.

—Sí... Así debe ser Pero todavía no me ha dicho cómo lo cazó. ¿Pelearon de frente en un duelo rápido a pistola, o fue cazándolo por las Finlay Mountains a balazos?

—Una pelea simple y corta. Cuando supo quién era yo, quiso disparar... Yo disparé primero. Eso es todo. ¿Por qué tanto interés por él?

—¡Por él! Tendría el mismo interés por cualquier otro hombre que hubiese sido cazado, Garvan. Tan sólo siento interés... o, mejor dicho, curiosidad, por la manera que tiene usted de..., trabajar.

—¿Desprecias a los cazadores de hombres?

—No, señor.

—¿Por qué no? Lo corriente es que nos desprecien.

—Bueno... Cada uno puede pensar como guste.

—Esto está bien, Eli. ¿Y cómo piensas tú?

—Pues ya se lo he dicho. Pienso que si usted quiere dedicarse a cazar hombres, es cuenta suya. Todo lo que puede ocurrir es que cualquier día... le cacen a usted.

Jess Garvan quedó pensativo, mirando al muchacho con mucha atención.

—Sí —suspiró al fin—. Es cierto, Eli. Cualquier día pueden cazarme a mí. Por eso es por lo que he decidido no ser siempre o para siempre un cazador de hombres.

—¿Quiere decir que dejará de hacerlo?

—Lo dejaré cuando... cuando lo considere oportuno. ¿Cuántos años tienes, Eli?

—Dieciocho. ¿No se lo había dicho ya?

—Creo que no. Pero ¿qué importa eso? Dime una cosa: ¿cuánto ganabas en el rancho donde has estado trabajando?

—Treinta dólares.

—Al mes, naturalmente.

—Claro.

—¿Te gustaría ganar... pongamos cincuenta?

—¡Cincuenta dólares! ¿Por qué? ¿Qué tendría que hacer, Garvan?

—Mira..., ya te digo qué esto de cazar hombres pienso dejarlo... Y la verdad es que muy pronto, Eli. Tan pronto, que casi tengo ya comprado un rancho en cierto lugar de Texas. Si te parece bien, puedes venir a trabajar conmigo.

—Pero ¿cuándo será eso?

—Pronto.

—¿Y entretanto?

—Entretanto, puesto que según me ha parecido entender, consideras que Texas es muy grande y que debes conocerla un poco, podrías venir conmigo.

—¿Cabalgar con usted?

—Exactamente. ¿Qué te parecería?

—No sé... ¿Me pagaría?

—Desde luego. Podríamos considerar que a partir del momento en que decidieses trabajar para mí tendrías derecho a tus cincuenta dólares mensuales y todos los gastos, comida, tabaco, caballo... ¿Qué opinas de mi oferta?

—Parece buena, Garvan.

—¡Es buena! —rió Garvan—. Pero tú pareces un muchacho un poco terco. Si aceptases, te convencerías de que esto no es lo mismo que ir laceando reses por ahí, tragando montañas de polvo. De momento podrías... viajar conmigo un poco.

—No es que me parezca mal, Garvan. Pero..., ¿qué ganaría usted con ello?

—Bueno..., digamos que... ¿Sabes cocinar?

—Sí, señor.

—¿Fregar platos y sartenes?

—Sí, señor.

—Bien..., ya tenemos una ocupación para ti. Serás, por el momento..., mi cocinero. Y más adelante, cuando yo decida... retirarme y aposentarme en mi rancho, te nombraría mi capataz. ¿Qué tal la oferta?

—Ha mejorado todavía más. ¿Por qué?

—¿Por qué... qué, Eli?

—¿Por qué me ofrece usted todo esto?

—Te vas a asombrar —dijo Garvan—: simplemente, porque me caes simpático.

Eli Palmer acabó su ración y dejó el plato a su lado. Estuvo unos segundos mirando a Jess Garvan, como preguntándose si lo que estaba oyendo era

cierto. Por fin, sonrió y dijo:

—Bueno. Usted hace la oferta y yo la acepto. Al fin y al cabo, no tengo nada que perder.

—¡Y mucho que ganar! —rió Garvan—. De acuerdo. A partir de este mismo momento, eres mi capataz. Serás el capataz más joven de Texas. Pero, de momento, en cuanto acabemos de cenar, ya sabes lo que tienes que hacer: fregar todos los cacharros, recogerlos y ordenarlos. ¿De acuerdo, Eli?

—Sí, señor. ¿Puedo quedarme el caballo?

—¿Qué caballo?

—Me refiero al de ese hombre que usted ha matado, Harlan Everitt.

—Ya tienes tu caballo.

—Sí, pero el de Harlan Everitt es mejor. ¿O tiene usted que entregarlo con el cadáver de su propietario?

—Nunca entrego nada; todo lo que llevan los hombres que cazo es mío, Eli. Puedes quedarte el caballo.

—Gracias, Garvan. ¿O quiere que ahora le llame señor Garvan?

—No, no... No es necesario. Garvan a secas está muy bien, chico. Te enseñaré a preparar el café como a mí me gusta. Más adelante, lo harás tú solo.

—Sí, señor.

—Y no olvides que esta clase de vida está terminando para Jess Garvan. La verdad, Eli, es que ya tengo grandes deseos de dejarla e irme a vivir al hermoso rancho que pienso comprar.

—¿Por qué no la deja ahora mismo?

—Porque todavía me faltan unos pocos dólares para lo que yo quiero. En cuanto los tenga, ya no esperaré ni un segundo más. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora tomaremos café, fumaremos un par de cigarros y dormiremos. Me gustaría llegar mañana a El Paso no más tarde del mediodía.

CAPÍTULO IV

A media tarde, Rick Coler, sargento de los rurales de Texas, estaba fumando pensativamente sentado en una piedra junto a la misión de Nuestra Señora del Carmen. Pensativo y al mismo tiempo decepcionado. Por eso, cuando vio llegar al jinete en cuyo pecho, brillaba una placa metálica, Rick se puso en pie y se dispuso a escuchar lo que sin duda tendría que variar todo lo que hasta aquel momento había parecido seguro.

Cuando el jinete llegó, desmontó rápidamente, y Rick Coler se adelantó hacia él.

—¿Qué hay, José?

—Me envía el capitán Prescott, sargento. Dice que Harlan Everitt ya no vendrá.

—Eso estaba temiendo yo. Pero, a decir verdad, todavía no creo que Harlan me haya mentado. Si él dijo que vendría a entregarse es porque pensaba hacerlo. Y si no ha venido es porque...

—Porque está muerto, sargento.

—¿Cómo dices, José?

—Digo que Harlan Everitt está muerto. Esto es lo que me envía a decirle el capitán Prescott. Harlan Everitt ya no molestará a nadie más.

—¿Cómo sabemos esto con seguridad, José?

—Dos hombres lo llevaron este mediodía a El Paso.

—¿Dos hombres? ¿Quiénes eran?

—Bueno..., Un hombre y un muchacho muy joven. El hombre se llama Jess Garvan.

Rick Coler se mordió los labios.

—Nada menos que Garvan, ¿eh? Bueno, creo que ya no es necesario que me digas nada más, José. Garvan buscó a Harlan Everitt, lo mató y lo ha traído a El Paso para cobrar los dos mil quinientos dólares de recompensa.

—Sí, señor. Eso es exactamente.

—Y el capitán Prescott te envía para avisármelo. Muy bien, José. Regresaremos a El Paso los dos juntos. ¿Quién es el muchacho que acompaña

a Jess Garvan?

—No lo sé. No le conoce nadie, sargento.

—Está bien. ¿Qué ha hecho Garvan? ¿Se ha quedado en El Paso? ¿O ha seguido su camino, y regresará dentro de unos días a por la recompensa?

—De momento está alojado en un hotel de El Paso. Pero, claro, no sabemos lo que piensa hacer.

—¿Y el muchacho?

—El muchacho se ha alojado en el mismo hotel que Garvan. Parecen muy buenos amigos.

—Pues esto es algo extraordinario, José, porque Garvan nunca ha tenido amigos. Supongo que ese muchacho debe admirarle, y quizá... esté aprendiendo el oficio de cazador de hombres.

—Allá él, sargento.

—Sí, allá él. Bueno, regresemos. No hay que olvidar que la recompensa, habiendo llevado el cadáver directamente a El Paso, no tardará mucho en llegarle a Jess Garvan. Posiblemente, en un par de días ya se le pueda entregar. Otra cosa sería en un pueblecito lejos de la capital. Pero en El Paso los trámites irán mucho más rápidos. Supongo que él ha venido aquí precisamente por eso. Para cobrar el dinero en un par de días.

—Dos mil quinientos dólares —susurró el rural José Loperena—. No está nada mal, ¿verdad, sargento?

—No. No está nada mal. Nosotros cobraremos poco más de cuarenta, y no sólo por un forajido, sino por todos los que quieren colocarnos delante.

El rural mexicano soltó una risita y encogió los hombros.

—Así es la vida. Pero al menos a nosotros nos respetan.

—Sí. Nos respetan. Bien, José, vámonos a El Paso.

* * *

Jess Garvan y Eli Palmer salieron de la oficina del *sheriff* de El Paso.

Garvan llevaba en las manos un fajo de billetes que hacía crujir alegremente.

—¿Qué te parece esto, Eli? Dos días en el Paso y ya hemos cobrado los dos mil quinientos dólares.

—¿Hemos? Querrá decir que ha cobrado usted, Garvan.

—¿Qué más da, hombre? Eres un chico simpático y amable. Si digo «hemos», es que hemos cobrado. No te preocupes. A mi lado estarás bien, no te faltará nada. Ya lo verás, Eli.

—Gracias, Garvan.

—No me des las gracias. Fíjate qué hermoso montón de dinero. Dos mil quinientos dólares por apretar una vez el gatillo. ¿No te parece un pago desproporcionado, Eli?

—Bastante desproporcionado. Pero si los pagan, por algo será. ¿No le parece?

—¡Seguro que sí! —rió Jess Garvan—. Ven. Vamos a echarle un vistazo a la tablilla de anuncios. Verás cómo siempre encontramos algún tipo al que poder perseguir y cobrar unos cuantos dólares más.

Se apartaron de la puerta y se colocaron a un lado de la oficina del *sheriff*. Allí, como era habitual y corriente en cualquier oficina de la ley, estaba el tablero de anuncios, y en éste, varios pasquines clavados. Los dos hombres dedicaron su atención exclusivamente a los pasquines. Sobre todo Jess Garvan, que estudiaba toda la información que proporcionaban sobre los reclamados. Finalmente, señaló a uno de ellos.

—Cassius Lippman —presentó—. Éste va a ser nuestro próximo hombre, Eli.

—¿Éste? ¿Por qué? Nada más ofrecen quinientos dólares por su cabeza, Garvan.

—Bueno. Son quinientos dólares, pero ocurre que yo quiero ir hacia donde calculo que está Cassius Lippman.

—No le entiendo.

—Es fácil. Cassius Lippman está ahora, según noticias que yo recojo en los saloons y la gente que habla..., digo que Cassius Lippman está ahora hacia Sierra Diablo. Y puesto que yo pienso dirigirme hacia allí porque quiero ir a un pueblo llamado Kent, nos dedicaremos a Lippman. Lo atraparemos de pasada, ya verás.

—¿Usted quiere ir a Kent?

—Sí.

—Pero ése es un pueblecito pequeño, sin ninguna importancia.

—Ya lo sé, pero tengo mis buenos motivos para querer ir allí.

—¿Cuáles motivos, Garvan?

—No seas curioso, Eli —volvió a reír el cazador de hombres—. Son motivos muy personales.

—Muy bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Pues ahora vamos a hacer cada uno una cosa diferente para ahorrar tiempo. Tú vas a ir al hotel, pagarás la cuenta, y te cuidarás de que preparen

los caballos. Luego, cuando estén listos, vienes a buscarme con ellos al Banco.

—De acuerdo.

—Toma esto —Garvan le entregó al muchacho unos cuantos billetes—. Es para la cuenta del hotel. Ve a pagar y procura no tardar mucho, Eli.

—No tardaré.

Eli Palmer se dirigió hacia el hotel donde él y Jess Garvan habían estado alojados aquellos dos días de estancia en El Paso.

Por su parte, Jess Garvan se dirigió directamente al Banco. Entró en él y puso la transferencia de los dos mil quinientos dólares a su nombre y con destino a Pecos City Bank, en Pecos.

Luego salió del Banco sin prestar ninguna atención especial al hombre con el cual se cruzó en el porche. Un hombre alto y ancho de hombros, de fría mirada gris, que tenía una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda, y que había abrochado su cazadora para que no se viese la placa de los rurales de Texas que llevaba prendida en la camisa. Tampoco podía saber que aquel hombre de la cicatriz en una mejilla se llamaba Rick Coler, que era sargento de los rurales de Texas y que había estado esperando en vano a Harlan Everitt en la misión de Nuestra Señora del Carmen dos días antes.

Eli estaba ya esperándole en la puerta del Banco. Los dos caballos estaban trabados en el atamulas. Sólo tenían que montar y alejarse de El Paso.

Y cuando ya lo hacían, cuando Jess Garvan y Eli Palmer se alejaban de allí a caballo, el hombre de la cicatriz en la mejilla entró en el Banco dispuesto a interesarse en las actividades bancarias de Jess Garvan.

Salió cinco minutos después y se dirigió directamente hacia la estafeta de Telégrafos. Allí, cursó un telegrama cuya dirección era el cuartel de los rurales de Texas en Pecos.

* * *

La respuesta llegó aquella misma tarde, ya casi anochecido, y cuando Jess Garvan y el muchacho que le acompañaba llevaban no menos de cinco horas de delantera.

Pero la respuesta que el sargento de rurales Rick Coler había recibido del cuartel de Pecos tenía una cierta importancia, por lo menos a su entender.

El telegrama estaba en la mesa del despacho del capitán Prescott, y Rick Coler estaba comentando:

—Según parece, capitán, la caza del hombre es muy productiva.

—Sí. Así debemos entenderlo, Rick; por lo menos para Jess Garvan.

—Yo dudo mucho que haya otro cazador de hombres que en tres años haya... recaudado la suma de veintisiete mil seiscientos cincuenta y siete dólares con treinta centavos.

—¿No puede existir una equivocación? —musitó Prescott.

—No lo creo, señor. Telegrafíé a nuestro cuartel de Pecos pidiéndoles que en el Pecos City Bank se interesasen sobre la cantidad total que Jess Garvan tenía allí. Y en tres años ha reunido la cantidad que le he dicho. Es más, ahí tiene usted el telegrama.

—Sí. Lo veo perfectamente, Rick. Pero volviendo a lo mismo, diré que veintisiete mil dólares son muchos dólares para ganarlos en tres años cazando forajidos.

—Bueno..., podemos pensar que Jess Garvan es un hombre excepcional. Y que, por supuesto, ha tenido que cazar muchos forajidos.

El capitán Prescott asintió pensativamente con la cabeza.

—¿Qué piensa hacer, sargento?

—Si me lo permite, señor..., siento una gran curiosidad por Jess Garvan. Y todavía más curiosidad que por Garvan, en estos momentos la siento por el muchacho que le acompaña.

—¿Por qué?

—Pues... bueno, no me atrevería a jurarlo, pero ese muchacho... Mmm... ¿Me permite que me lo reserve hasta que tenga la seguridad, capitán?

Prescott miró de soslayo, quizá un poco irritado, a Rick Coler.

—Como guste, sargento. Sólo se trata de que no podemos nosotros andar perdiendo el tiempo detrás de un cazador de hombres.

—Estoy convencido de que no será perder el tiempo. Y hay otra cosa que me he molestado en averiguar de Jess Garvan. Jamás, jamás, ha regresado con un reclamado vivo. Toda su cacería la acaba siempre con la muerte de la pieza perseguida. Nunca ha regresado Jess Garvan con un hombre vivo para entregar.

—¿Por qué supone que hace eso, Rick?

—No lo sé, pero quizá esos veintisiete mil seiscientos cincuenta y siete dólares con treinta centavos que tiene en el Pecos City Bank de Pecos tenga algo que ver con ese... ese exterminio total de la pieza perseguida, señor.

—Creo que empiezo a comprenderle, Rick. De acuerdo. ¿Qué es lo que piensa hacer ahora?

—Pues, señor, teniendo en cuenta mi muchísimo interés por Jess Garvan y su... estilo peculiar de salir a cazar hombres, me gustaría seguirlo.

- De acuerdo, hágalo. En cuanto al muchacho...
- El muchacho también me interesa. Y en su momento oportuno le informaré sobre ambos, capitán.
- De acuerdo, Rick. Puede marchar cuando quiera.
- Sí, señor.

CAPÍTULO V

Cassius Lippman abrió los ojos, sobresaltado, mientras su mano derecha iba rápidamente hacia el revólver. Parpadeó algo confuso cuando vio ante él a su amigo y compañero de huida Charles Ball, que era el que le había zarandeado.

—¿Qué ocurre, Charles?

—Está anocheciendo —sonrió secamente Ball—, y dos jinetes se están acercando hacia aquí.

Lippman se sentó bruscamente, con la mano todavía pegada al revólver.

—¿Dos jinetes?

—Eso es.

—¿Llevan buenos caballos?

De nuevo Charles Ball sonrió.

—Por lo menos parecen buenos caballos, Cassius.

—Muy bien —sonrió ahora Lippman—. Supongo que a nosotros nos serán de mucha más utilidad que a esos dos jinetes.

—¿Te parece que son de la ley, Charly?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Por lo menos no llevan ninguna placa a la vista. Claro que a veces, sobre todo esos malditos rurales, las llevan escondidas...

—Bueno... Si son rurales y han escondido sus placas, ellos van a ser los perjudicados, ya que si las viésemos nos guardaríamos muy bien de atacar a dos rurales; pero si no lo son...

—No puedo asegurarte eso. Pero sí que no llevan placa alguna visible.

—Entonces vamos a darles... el recibimiento.

Sonrieron los dos. Cada uno fue hacia un lado del pequeño reducto rocoso donde habían pasado la noche, llevando ya en sus manos el rifle que habían desenfundado de las respectivas sillas de montar.

En efecto.

Estaba amaneciendo. Un amanecer un tanto frío, pero ya luminoso. En pocos minutos, el sol se alzaría definitivamente por encima de los picos de

Sierra Diablo, y comenzaría a calentar.

Y, también en efecto, dos jinetes se estaban acercando al campamento de Lippman y Ball. Cabalgaban separados y despacio, prestando uno de ellos toda su atención al terreno. Era evidente que aquel hombre, perteneciese o no a la ley, entendía lo bastante de huellas para poder rastrear cualquier animal o persona.

No había camino para llegar hasta allí. Solamente la ligera pendiente pedregosa y llena de matas verde oscuro y polvoriento.

Lippman y Ball se miraron. No necesitaban cambiar ninguna palabra para comprenderse. Por el momento, los dos hombres que se acercaban por la pedregosa ladera estaban a una distancia conveniente para ellos. Pero en cuanto hubiesen recorrido apenas cincuenta yardas más estarían perfectamente a tiro de sus rifles.

Los dos jinetes continuaban lentamente su ascensión. Y cuando hubieron recorrido como cuarenta yardas, uno de ellos alzó la cabeza y miró hacia lo alto. Casi exactamente hacia el lugar donde Cassius Lippman y Charles Ball esperaban la oportunidad de disparar sus rifles y hacerse luego con unos caballos no tan derrengados como los suyos.

Y el hombre que había mirado hacia lo alto alzó una mano, de modo que el otro jinete también se detuvo. Arriba, escondidos entre unas ásperas matas, Lippman y Ball se pasaron la lengua por los labios. El jinete que estaba mirando hacia arriba tenía el ceño fruncido, y se veía su mirada viva y alerta recorriendo las matas y peñascos.

De nuevo se miraron Lippman y Ball, y tampoco necesitaron hablar esta vez para comprenderse. Ni para comprender que el hombre que había detenido su caballo en primer lugar se estaba haciendo una exacta idea de la clase de terreno peligroso en que se estaban metiendo él y su compañero.

Y justo cuando Cassius Lippman se disponía a disparar el rifle contra tan experimentado rastreador, éste ladeó bruscamente su caballo y se metió detrás de unas peñas.

Por eso, el primer disparo de Lippman, dirigido contra aquel hombre, rebotó entre un puñado de guijarros, salpicándolos a todos lados, y luego se alzó maullando hacia el cielo.

Charles Ball quiso disparar contra el jinete que había quedado como petrificado, pero para cuando lo hizo, ya aquél había también espoleado su caballo rudamente, de modo que el animal saltó, apartándose de la trayectoria de la bala disparada por Charles Ball.

Éste lanzó una maldición que pareció confundirse con la de Lippman. Los dos movieron frenéticamente las palancas de sus rifles, pero para cuando de nuevo volvieron a encarar sus armas convenientemente hacia la ladera, ya no se veía ningún jinete.

—Maldita sea —masculló Lippman—. Debimos esperar a que se acercaran un poco más. Ese hombre nos puso nerviosos...

—Pues yo creo que debimos disparar diez yardas antes, Cassius: Cualquier hombre que conozca un poco el peligro tenía que comprender que este lugar, acercándose tanto, era peligroso.

—Está bien, no discutamos ahora y dediquémonos a ver si logramos derribar a esos dos individuos.

Se asomaron los dos a la vez, con los rifles preparados y atenta la mirada, dispuestos a localizar cuanto antes a los jinetes, y abatirlos.

Pero justo en el momento en que tras el pequeño conciliábulo de maldiciones, los dos volvían a asomar la cabeza, abajo, un rifle comenzó a disparar a toda velocidad. Y una granizada de balas rebotó en las rocas tras las cuales se escondían Lippman y Ball, y se llevó también unas cuantas ramas y hojas de los arbustos que crecían selváticamente entre ellas.

Los dos forajidos esperaron a que cesara la andanada, y entonces intentaron nuevamente disparar contra los desconocidos.

Y de nuevo, cuando apenas habían asomado sus sombreros, otro rifle lanzó doce balas más, que también rebotaron contra las rocas y segaron parte de los arbustos.

Pero esta vez la medida de tiempo fue tan exacta que el que primero había lanzado toda la carga de su rifle tuvo tiempo de volver a recargarlo casi completamente; y cuando Lippman y Ball, una vez más, intentaban no ya atacar, sino repeler la agresión, otra granizada de balas les obligó a acurrucarse.

Se tiraron de nuevo los dos sobre el polvo, tras las rocas, lanzando maldición tras maldición. No era fácil que los cazasen allí, pero los dos jinetes que parecían destinados a una emboscada les estaban demostrando que sabían cómo actuar en situaciones como aquélla.

—Será mejor que nos separemos más —musitó Lippman—. Tú ve hacia la izquierda, Charles, y yo me desviaré hacia la derecha. Intentaremos rodear estas rocas y bajarles por la espalda a esos tipos.

—Muy bien, Cassius...

Se separaron más, arrastrándose por el suelo con los rifles en las manos y atenta la mirada. Iban muy despacio, procurando no desplazar guijarros ni

quebrar alguna rama de los arbustos, que posiblemente hubiese alertado a los dos jinetes que les hacían frente. Invirtieron no menos de cinco minutos en alejarse cada uno como treinta yardas del lugar donde habían preparado la emboscada inicial. Y cuando Cassius Lippman veía ya la posibilidad de descenso por el otro lado del pequeño pico montañoso, oyó el estampido de un rifle a su espalda.

Se volvió vivamente, dispuesto a disparar, pero otro estampido definió la situación.

Detrás de él, y también de Charles Ball, un hombre de no menos de cuarenta años, había aparecido por detrás de un reseco árbol. Estaba lleno de polvo y su rostro demostraba una gran fatiga. Era muy fácil comprender que tras sus primeros disparos había comprendido que ganaría la partida quien más decisión e iniciativa tuviese. Y, por tanto, se había adelantado en su maniobra envolvente.

Cassius Lippman había recibido el segundo balazo en un hombro, y se sintió aplastado contra el suelo, mientras su rifle saltaba de las manos y quedaba a no menos de cuatro yardas alejado de él.

El hombre que había aparecido por detrás del árbol sonrió, dio unos pasos más hacia Cassius Lippman y dijo:

—Adelante, Lippman, decídase. El rifle no está muy lejos, hombre.

Lippman no se movió; ladeó la cabeza y vio a su amigo Charles Ball a no menos de sesenta yardas. Estaba caído de bruces sobre unas matas que lo sostenían a medias. En su espalda, el potente balazo de Winchester había abierto un agujero que ya sangraba a la altura del corazón.

—¿Se decide, o no se decide, Lippman?

Tampoco el forajido contestó esta vez. Estaba pensando en la posibilidad de empuñar su revólver para matar a aquel hombre, pero de pronto comprendió que no conseguiría nada mientras aquellos ojos estuviesen fijos en los suyos, como adivinando todos sus pensamientos.

—Muy bien —sonrió el recién llegado—. Puesto que no parece interesarse en continuar la pelea, póngase en pie y camine hacia donde tienen sus caballos usted y su amigo.

Cassius Lippman obedeció. Se puso en pie con ciertas dificultades, dada la molestia y el intenso dolor que le producía el balazo recibido en un hombro, y caminó hacia el pequeño reducto donde habían acampado él y Charles Ball.

Mientras tanto, el hombre que había matado a Ball y herido a él había lanzado dos cortos silbidos, siempre sin perder de vista a Cassius Lippman.

Éste oyó abajo otros dos silbidos. Y luego el característico golpear de cascos de caballo contra piedras, tierra y guijarros.

El compañero del hombre subía para reunirse.

Apareció como medio minuto después, a pie, llevando los dos caballos de las bridas. Se acercó a Charles Ball, y cogiéndolo por el cuello de la cazadora lo arrancó de las matas, dejándolo caer al suelo. Se inclinó sobre él y lo examinó.

—Éste está muerto, Garvan.

Cassius Lippman palideció ahora intensamente, y su mirada giró con viveza hacia el hombre que le apuntaba con el rifle. Éste, a su vez, le miraba sonriendo irónicamente.

—¿Hay algo que le llame la atención, Lippman?

—¿Usted... usted es Jess Garvan?

—Correcto, —rió Garvan—. ¿Hay algo especial respecto a mí?

—No... No demasiado al menos, Garvan. Sólo que ya sé a qué atenerme con usted.

—¿Sí? Bien, dígalo.

—Sencillamente, va a matarme.

—¿Y por qué supone eso, Lippman?

—Porque es su norma. Sé muy bien que es usted un cazador de hombres. Y sé muy bien que jamás lleva un hombre vivo para entregar.

—Es posible que tenga razón, Lippman. Pero tenga en cuenta que yo tengo mis motivos para hacer eso. Por ejemplo, si a usted lo llevo vivo y se pasa unos cuantos años en la cárcel, nadie podrá impedirle luego que venga en mi busca para vengarse.

—Delo por seguro, Garvan.

—¿Se da cuenta? —volvió a reír Jess Garvan—. Es una cosa que ya pensé. Imagínesse la de hombres que llevo cazados y comprenderá que no sería agradable para mí que dentro de unos cuantos años todos esos hombres se dedicasen a buscarme para cazarme ellos a mí.

—Es una actitud muy inteligente la suya, Garvan.

—Así lo creo yo, Lippman. Y, aparte de esa posibilidad que he mencionado, está la de que con hombres peligrosos como usted no me gusta correr riesgos.

—¿Y por eso mata sus piezas, Garvan?

—Exactamente por eso, Lippman. Pero todavía queda otro detalle, al cual quizá usted no concedería demasiada importancia.

—¿Otro detalle? ¿Qué detalle?

—Mi corazón de oro.

—¿Cómo dice? ¿Su corazón de oro?

—Eso es, Lippman. Ocurre que yo estoy convencido de que todos ustedes son nada más que carne de horca. Por tanto, si yo los llevo vivos a cualquier alguacil o *sheriff*, lo hago con el convencimiento de que iban a ser linchados. Y mi bondadoso corazón de oro estaría toda la vida sufriendo remordimientos. Por eso, Lippman, por mi gran corazón de oro, es por lo que no quiero que ninguno de ustedes sea linchado. Siempre es más misericordioso, más humano, una simple bala en el corazón y aquí se acaba todo. ¿No está de acuerdo en que sufren menos, Lippman?

—Es usted un cínico, Garvan.

—¿Por qué? ¿Porque mi corazón de oro me impulsa a evitar linchamientos?

—Está bien, usted tiene el rifle; por tanto...

—Por tanto, usted a callar, Lippman.

Diciendo esto, Jess Garvan apretó una vez más el gatillo de su rifle. El plomo acertó de lleno en el corazón de Cassius Lippman, le obligó a dar un velocísimo giro sobre sus pies, que parecieron tropezar uno con otro, y cayó violentamente de bruces contra el suelo.

Tranquilamente, Garvan fue hacia allá, y con la punta del cañón del rifle volvió a Lippman de cara al cielo del amanecer. Lippman tenía los ojos abiertos, pero estaba bien claro que su corazón había dejado de latir para siempre.

Entonces, Jess Garvan miró hacia donde estaba el petrificado Eli Palmer.

—Éste está listo, Eli.

El muchacho se pasó la lengua por los labios y señaló con un dedo quizá un tanto tembloroso a Charles Ball.

—Éste también está muerto.

—Muy bien. Eso simplifica las cosas y nos lo deja todo muy facilito. Trae para acá el cadáver de ése, Eli.

—Sí, señor...

Eli Palmer arrastró el cadáver de Charles Ball hasta dejarlo junto al de Cassius Lippman. Una vez los dos cadáveres estuvieron juntos, el muchacho se quedó mirando fijamente a Garvan, el cual, que le había estado mirando atentamente, preguntó:

—¿Te ocurre algo, chico?

—No.

—¿No? ¿Estás seguro? Yo diría que no estás muy conforme con lo que acabas de ver.

Eli Palmer consiguió sonreír. Ladeó la cabeza y achicó los ojos.

—Por el contrario, Garvan, acaba usted con convencerme de que verdaderamente tiene un corazón de oro.

—¡Oh...! ¿De veras estás convencido de eso, Eli?

—Sí señor. Naturalmente, esta clase de hombres son casi siempre linchados, y si usted lo evita.... ¿Quién puede dudar que Jess Garvan tiene un corazón de oro?

Garvan se echó a reír. Palmeó la espalda del muchacho amistosamente y dijo:

—Así me gusta, Eli. Y ahora, muchacho, vamos a dedicarnos a registrar a estos dos tipos. Nos repartiremos los beneficios.

—¿Los beneficios?

—Pues se entiende todo el dinero que lleven encima.

—¿Les vamos a quitar el dinero? —musitó Eli.

—Claro, chico. ¿Pero qué demonios te pasa a ti? ¿Acaso pretendes que entreguemos estas piezas con los bolsillos llenos de dinero?

—No sé...

—Yo sí lo sé, Eli. El cazador tiene derecho a todo cuanto la pieza lleve encima. Empezando por los caballos y acabando por la última moneda. Por tanto, nos quedaremos todo lo que lleven de valor.

—¿Siempre lo ha hecho usted así, Garvan?

—Siempre. Naturalmente que siempre. ¿Te parece mal?

—No sé qué pensar... Supongo que no. Claro, de esta manera usted debe ganar todavía más dinero del que significa la recompensa.

—Por supuesto. Escucha, Eli, yo era un vaquero, igual que tú, hasta que comprendí que siendo vaquero nunca lograría nada. Un día me di cuenta de que sabía disparar..., es decir, de que tenía una gran facilidad para disparar. Soy eso que llaman un tirador nato.

—¿Se refiere al hombre que dispara por instinto y coloca la bala donde su instinto ha querido?

—Me gusta cómo lo has dicho —sonrió Garvan—. Pues sí, eso es exactamente. Esto..., como te decía, un día supe que yo era un tirador nato. Entonces comencé a practicar con el revólver. Gasté en ello todo mi dinero. Descalibré un montón de revólveres, estropeé unos cuantos rifles, me herí un par de veces en los pies, gasté montones de balas:..., y finalmente comprendí que era un tirador... poco menos que excepcional, Eli.

—Bien, eso parece que ha quedado demostrado desde el mismo momento en que usted continúa vivo y un montón de hombres están muertos, Garvan.

—Sí, parece que eso queda demostrado de esa manera. Pero aparte de ser un buen tirador, hay que ser inteligente, muchacho. No basta saber manejar el revólver: hay que saber manejar la cabeza. Yo decía antes que si hubiese continuado siendo un vaquero, nunca habría conseguido nada... ¿Sabes cuánto habría ganado en un rancho en los tres años que llevo dedicado a esto?

—No.

—Pues pongamos, con mucha suerte, unos mil quinientos dólares. Quizá dos mil. Eso, en tres años, Eli. En tres años de mi vida habría podido ganar como máximo dos mil dólares.

Eli Palmer se rascó pensativamente la barbilla.

—Y de esta manera, Garvan, ¿cuántos ha ganado?

—Pues casi treinta mil ya, Eli.

—¡Treinta mil dólares! —exclamó el muchacho—. Vaya, ésa es una buena cantidad, Garvan.

—Es una muy buena cantidad, chico —volvió a reír Garvan—. Por eso te he dicho que a mi lado estarás bien. Pronto tendré mi rancho y, como te prometí, tú serás mi capataz. Me gusta tu compañía. Eres listo y servicial. Ahora, depende de ti, que consigas en mi rancho lo que yo no hubiese podido conseguir en ninguno.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Quiero decir que si tu comportamiento sigue siendo de mi agrado, no serás un simple capataz con un sueldo fijo y ahí acaba todo. Te aseguro que ganarás más dinero del que quizá hayas pensado. No tanto como yo, claro está —sonrió el cazador de hombres—, pero no te sentirás tan a disgusto en mi rancho como yo me sentía en los ranchos de otros.

—Creo que ahora sí le entiendo, Garvan. Y le estoy muy agradecido.

—¡Bah, chico, bah...! Eso no tiene importancia. Ahora vamos a dedicarnos a registrar a estos dos tipos y luego los empaquetaremos con sus propias mantas y cuerdas.

—De acuerdo.

—Seguramente conseguiremos llegar esta misma noche a Van Horn. Allá entregaremos el cadáver de Cassius Lippman y el de este otro tipo, y venderemos los caballos... Pasaremos la noche en un buen hotel y a la mañana siguiente partiremos hacia Kent.

—¿Insiste usted en ir a Kent, Garvan?

—Sí.

—¿Qué cosa importante puede haber allí que valga más que esperar los quinientos dólares que tiene usted que cobrar por Cassius Lippman?

—Los quinientos dólares que están ofrecidos por Cassius Lippman, Eli, me llegarán a Kent de un modo u otro. Puede que tarden una semana o dos, pero ya estaré en Kent. No tengo por qué perder esas dos semanas esperando en Van Horn quinientos miserables dólares. Ya tengo el suficiente dinero para mi rancho. Claro está, los quinientos dólares no me vendrán nada mal, pero los esperaré en Kent. Hay allí una persona...

—¿También reclamada, Garvan?

—¡No! Esa persona no está reclamada, Eli. He estado esperando mucho tiempo para ir a verla.

—¿Es una mujer?

—Sí, Eli, es una mujer. Pero... Bien, no te preocupes demasiado por esos detalles. Ya la conocerás. En cuanto a mí, te aseguro que ya no podría resistir más tiempo sin ir a verla. Cuando empecé a cazar hombres, me hice determinados propósitos... Y los he cumplido. He conseguido todo cuanto me propuse el primer día que salí tras las huellas de un reclamado. Y puesto que lo he conseguido ya, Eli, creo me ha llegado el momento de descansar.

—¿Ya no cazaré más hombres, Garvan?

—Creo que algo hablamos de esto hace unos días... No. No volveré a cazar hombres, Eli. Simplemente, iré a ver a esa persona a Kent. Luego, nos iremos al rancho que pienso comprar. Y ya, sólo restará vivir tranquilamente, en un lugar agradable que habré conseguido yo mismo con mi esfuerzo.

—Y con su corazón de oro, ¿no es así, Garvan?

—¡Eso es! —rió todavía una vez más Jess Garvan—. Y con mi corazón de oro, Eli, tú lo has dicho.

—Bien..., si usted tiene tanta prisa por llegar a Kent, creo que debemos dedicarnos ya a envolver a Lippman y al otro en las mantas y salir enseguida hacia Van Horn. ¿Entregará usted los cadáveres al alguacil de allá?

—Claro.

—Bueno..., ocurre que vamos a llevar dos cadáveres en lugar de uno, Garvan.

—¿Qué importa eso? Lo que importa es que va el de Cassius Lippman, que es el que vale los quinientos dólares que yo dejaré ordenado me envíen a Kent. El de este otro tipo también lo llevaremos. ¿Quién sabe? A lo mejor hasta nos dan cien o doscientos dólares por su pellejo.

—Es una buena idea. No desperdicia usted ocasión de ingresar unos cuantos dólares, ¿eh, Garvan?

—¿Por qué había de desperdiciarla? La vida es dura, muchacho. Y cuando un hombre se ha propuesto algo, no debe descuidarse ni un solo instante. Todo su esfuerzo, toda su atención, ha de estar dedicada a ese único objetivo. El mío ha sido el dinero. Muy bien, ya lo tengo. Ahora, el objetivo está cada vez más cerca. Una vez haya llevado a estos dos hombres a Van Horn, ya sólo me quedará ir a Kent en busca de esa persona. Bien, ya hemos hablado bastante, Eli.

-Sí señor.

Una hora más tarde, Jess Garvan y Eli Palmer proseguían su camino hacia Van Horn, buscando las mejores estribaciones y más cómodos caminos de Sierra Diablo.

Tras ellos llevaban dos cadáveres envueltos en mantas y atados con las sogas de cáñamo.

Y cuando los dos jinetes y los dos empaquetados cadáveres estaban como a un cuarto de milla del lugar donde había ocurrido todo, un nuevo personaje apareció en escena. Llegó al pequeño reducto donde habían acampado la noche anterior Cassius Lippman y Charles Ball, y se dio una vuelta por el lugar, estudiando el terreno y llegando a conclusiones que eran por supuesto acertadas, ya que, además, desde lejos había visto parte de lo sucedido.

Una vez examinado el terreno y cada vez con mayor certidumbre respecto a lo que convenía hacer, el hombre de la cicatriz en la mejilla izquierda, Rick Coler, sargento de los rurales de Texas, se sentó en un peñasco y lió un cigarrillo.

No tenía prisa.

Podía adivinar perfectamente a dónde se dirigían Jess Garvan y el muchacho. Y por el momento no le interesaba que le viesan ni conversar con ellos en ningún sentido.

CAPÍTULO VI

Jess Garvan y Eli Palmer llegaron a Kent al anochecer del día siguiente.

La tarde antes habían llegado a Van Horn. Allí habían entregado los cadáveres de Cassius Lippman y Charles Ball al *sheriff* de la localidad. Luego se habían alojado en un hotel para partir hacia Kent apenas amaneciera.

Y ahora, Eli Palmer se estaba preguntando, mientras miraba de reojo a Jess Garvan, qué tipo de nuevas sensaciones estaba experimentando el cazador de hombres.

La curiosidad del muchacho tenía su base en la nueva expresión que se veía en el rostro del hombre al que días atrás había decidido acompañar hasta que lo creyese conveniente.

Por primera vez en todos aquellos días, Eli Palmer veía en el rostro de Garvan lo que podía definirse como una emoción humana. Una emoción humana y que, quizá, fuese la única que podía ser adaptada a la frase de Jess Garvan de que tenía un corazón de oro. En parte anhelante y en parte preocupada, la tal expresión de Jess Garvan confundió un poco al muchacho.

Siempre bajo la dirección de Garvan, ambos hombres se dirigieron hacia la oficina del alguacil de Kent. Allí, tras indicarle a Eli que esperase, el cazador de hombres desmontó. Entró en la oficina y reapareció apenas un par de minutos después.

Cuando estaba montando de nuevo en su caballo, apareció también en la puerta de la oficina un hombre con una estrella de cinco puntas en el pecho. Y Eli Palmer pudo captar claramente la hosca mirada del representante de la ley fija en Jess Garvan.

Pero a éste la mirada del alguacil y, por supuesto, sus pensamientos, no parecían importarle en absoluto.

—Vamos, Eli.

Se alejaron de la oficina de la ley, continuando calle abajo. Poco después llegaban ante una pequeña casita hundida hacia el fondo de la calle. Tenía jardín delantero, y desde allí se veía el pequeño porche en el cual había flores y una mecedora.

Garvan desmontó y Eli Palmer, sin haber recibido ninguna clase de instrucciones, decidió hacer lo mismo. Siguió a Garvan cuando éste empujó la pequeña puerta móvil de la valla que rodeaba el jardín, y así, pocos segundos después, los dos hombres subían al porche de la casita.

Eli Palmer sentía una gran curiosidad por saber quién vivía allí. Sabía ya que era una mujer, y eso le tenía entre intrigado y un poco incrédulo.

Una vez más miró a Garvan de reojo. Éste se había quitado el sombrero, y toda su decisión habitual parecía un poco quebrantada. Por fin cogió el llamador y lo manejó cuidadosamente contra la puerta.

Casi enseguida se abrió, y una muchacha joven, como de unos veinte años, apareció en el umbral. Su mirada se posó primero en Garvan, luego en Eli Palmer..., y regresó rápidamente, con expresión de sobresalto hacia el cazador de hombres.

Éste musitó:

—Hola, Jessica. ¿Cómo estás?

La muchacha se llevó ambas manos al pecho.

—¡Padre!

Jess Garvan, que había permanecido con la vista un poco baja tras mirar rápidamente a la muchacha, la alzó de pronto y la fijó en ella.

—¿Cómo estás, Jessica? —insistió.

—Bien... Estoy bien, padre... ¿No quieres pasar?

—Gracias.

Dio un paso hacia delante, pero se detuvo de pronto y se volvió hacia Eli. Se quedó mirándolo como indeciso, y el muchacho dijo:

—Puedo esperarle en el hotel, si quiere, Garvan.

—No, no... Es ya mejor que lo sepas de una vez, Eli. Ella es mi hija —la señaló—. Y éste es Eli Palmer, Jessica. Un muchacho inteligente y agradable que he decidido tomar como capataz para mi rancho.

Jessica Garvan desvió la mirada de los ojos de su padre, para dirigirla hacia los de Eli Palmer. El muchacho consiguió una débil sonrisa.

—¿Tu capataz, padre?

—Así es, Jessica.

—¿Capataz, de qué? ¿De dónde, padre?

—De mi rancho... Tengo ya comprado un rancho, Jessica. Hace unos meses estuve en Pecos y..., bueno, yo..., quiero decir que estuve hablando con el propietario de un rancho cercano a Pecos y le entregué una parte del dinero hasta que reuniese el resto.

—¿Y ya lo has reunido?

—Sí.

—Me alegro... Pero creo que será mejor que entréis en la casa...

Jess Garvan entró el primero, seguido de Eli Palmer, que también se había quitado el sombrero. Una vez dentro de la casa, el cazador de hombres miró casi tímidamente a su alrededor, y por fin musitó:

—Tienes una bonita casa, Jessica.

—No es mía —aclaró la muchacha—. Es de la señora Leman. Yo solamente tengo una habitación.

—¿No está ahora esa señora Leman?

—No. Se fue a ayudar a su hermana a un pueblo distante veinte millas de aquí, llamado Toyah. No creo que tarde más de un par de días en volver.

—Bueno, eso es estupendo. Así no tendrás que marcharte sin despedirte de ella.

—¿Despedirme de ella, padre? ¿Marcharme? ¿A dónde crees que yo voy a marcharme?

—Bueno..., yo tengo ya el rancho, Jessica. Un rancho que nos está esperando a los dos desde hace demasiado tiempo...

—Demasiado tiempo, padre, es verdad.

—¿Qué estás diciendo? —susurró el cazador de hombres.

—Estoy diciendo, padre, que no me parece ya necesario ese rancho para nosotros. Es más, no me parece ya necesario ni siquiera que tú y yo vivamos juntos... ¿Para qué?

—No puedes estar hablando en serio, hija mía...

—Estoy hablando tan en serio, padre, como cuando te supliqué que continuases a mi lado aunque sólo fueses un simple vaquero.

—No digas tonterías, Jessica. Yo no quería vivir toda la vida como entonces, ni quería que la vivieses tú... Ahora podremos vivir los dos como yo siempre deseé.

—Tú, sí. Pero yo no, padre.

—Escucha esto, Jessica. Durante cinco años...

—Durante cinco años, padre —interrumpió la muchacha—, yo me he sentido completamente sola. Primero fueron los dos años durante los cuales te dedicaste solamente a tu revólver y gastaste el poco dinero que teníamos ahorrado. Luego, cuando ya te sentiste seguro con el revólver, te fuiste de mi lado... Y ahora, después de otros tres años, vienes a decirme que vas a llevarme contigo a un rancho que será nuestro... ¿Crees que eso compensa que desde los quince a los veinte años yo haya tenido que estar sola, padre?

—¿Sola? —susurró Garvan—. Siempre supe que estabas en Kent y que estabas bien. Además, durante estos tres años en que he estado trabajando, yo te he enviado dinero, Jessica.

—Tu dinero no lo he necesitado para nada, está íntegro. Esperaba este momento para poder decirte que te lo devolveré todo, padre. En cuanto a tu trabajo... ¿Llamas trabajo a dedicarte a matar hombres por cuyos cadáveres cobras luego dinero?

—Es un trabajo como otro cualquiera...

—¿Un trabajo como otro cualquiera? Ahora eres tú el que no estás hablando en serio, padre. ¿Qué es lo que te hace suponer que matar hombres para cobrar dinero por ellos es un trabajo como otro cualquiera?

—Por lo menos es un trabajo al que se dedican hombres a los cuales respetan, Jessica.

—¿Te estás refiriendo a los que luchan al lado de la ley?

—Sí.

—Es decir, padre, que te estás comparando a un *sheriff* o a un rural.

—He sido mucho más efectivo que muchos de ellos.

—Ya entiendo... Quieres decir que has matado muchos más hombres que cualquiera de ellos... ¿No es así, padre?

—Así es. Y teniendo en cuenta la clase de hombres que me he dedicado a matar, me parece que, en general, las personas como tú deberían estarme agradecidas.

—Yo no te estoy agradecida... por nada. Absolutamente por nada, padre.

—He estado arriesgando mi vida por ti, Jessica. Y dices ahora que no me estás agradecida por nada.

—¿Por mí, padre?

—¡Por ti!

—No lo creo. Sí has arriesgado tu vida ha sido por ti, por tu propio interés, por tus propios planes o proyectos. Pero no por mí. No quieras ahora convencerme de lo contrario, padre.

—No quiero convencerte de nada. Sólo, Jessica, de que tu puesto está a mi lado, de que debes venir conmigo a nuestro rancho. Eso es lo único que te pide tu padre... y lo único por lo que ha estado arriesgando su vida.

—No insistas más, padre. Has arriesgado tu vida, como he dicho antes, por cosas que a ti mismo te han parecido convenientes. En cuanto a marcharme contigo, creo que debo decirte ya desde ahora mismo que no lo haré.

—¿Por qué, Jessica?

—Quiero quedarme aquí, en Kent. No encontraré otro lugar donde pueda ser más feliz.

—¿Ni siquiera a mi lado?

—¿Acaso he sido feliz a tu lado, padre? ¿Cómo podemos saberlo si no he estado contigo?

—Estuvimos juntos hasta...

—Hasta que tú decidiste separarte de mí —cortó de nuevo Jessica Garvan—. Y que era justamente cuando yo más necesitaba tu compañía. Ahora estoy bien en Kent. Y no pienso moverme de aquí, a menos...

—A menos que... ¿qué, Jessica?

—A menos que tú decidas ser tan egoísta como siempre y recurras a tu poder sobre mí como padre.

—No creo que debamos alargar más esta discusión —gruñó Jess Garvan—. Tan sólo quiero decirte...

En aquel momento sonó una llamada a la puerta de la casa y Jessica Garvan se dirigió a ella y la abrió.

En el umbral quedó el mismo hombre que Eli Palmer había visto en la puerta de la oficina de la ley con una estrella de cinco puntas en el pecho. El mismo hombre, sin duda, que había facilitado a Jess Garvan la dirección de su hija.

—Hola, Jessica —saludó el recién llegado—. ¿Puedo pasar?

—Pasa, Abel. Me alegro de que hayas venido.

El alguacil era un muchacho como de veintiséis o veintisiete años, rubio, de ojos grises y mirada directa y un poco dura. Llevaba un solo revólver a la derecha, muy bajo, sobre el muslo. El cargo de representante de la ley en Kent, por lo menos a simple vista, parecía estar en una persona perfectamente idónea para desempeñarlo.

Jessica lo señaló, mirando a su padre.

—Éste es Abel Mulligan, papá. El alguacil de Kent.

—Ya lo conozco. Estuve en su oficina para preguntarle en dónde podía encontrarte.

—Y yo me imaginé que era usted el padre de Jessica —dijo Mulligan.

—Está bien —gruñó Garvan—. ¿Qué es lo que quiere ahora?

Jessica se adelantó a Mulligan en la respuesta.

—Quiere lo mismo de cada día, padre. Cada día, Abel viene a visitarme antes o después de su ronda por el pueblo.

—¿Y eso, por qué?

—Porque me quiere —la muchacha sonrió mirando con muy brillantes ojos al alguacil—. ¿No es cierto, Abel?

—Es cierto —sonrió también Abel Mulligan.

—¡Te quiere! —rió Jess Garvan—. ¿Y tú a él también?

—Así es, padre. Abel y yo hemos pensado casarnos no tardando mucho.

Jess Garvan quedó estupefacto por un instante. Luego, tras una rápida mirada casi furiosa al joven alguacil, dedicó toda su atención a su hija. Jessica Garvan, a los veinte años era una hermosa muchacha de cabellos y ojos oscuros, boca llena y algo alargada, y una deliciosa mandíbula femenina, pero cuya forma y robustez, siempre dentro de la feminidad, indicaba un carácter tan resuelto como pudiese tenerlo el propio Jess Garvan. No cabía duda de que Jessica era una hermosa muchacha de rostro y de cuerpo. Pero tampoco cabía duda de que Abel Mulligan no era hombre que pudiese ser menospreciado como pareja para tan bonita muchacha.

Tras unos segundos de silencio, Jess Garvan ladeó una vez más su mirada hacia el alguacil, y de nuevo rápidamente hacia su hija.

—Está bien —suspiró—. De acuerdo, Jessica. Podéis casaros. Luego os venís los dos a mi rancho, y por mi parte todo estará bien.

Abel Mulligan se quedó mirando a Jess Garvan con una pizca de ironía en el fondo de sus grises ojos.

—Me gusta mi trabajo, señor Garvan. Por el momento, no pienso dedicarme a la cría de ganado. Espero que usted comprenda esto.

—Pues no. No lo comprendo, Mulligan. No, al menos, demasiado bien. ¿Está usted dándome a entender que prefiere seguir siendo alguacil a casarse con mi hija?

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —sonrió Abel Mulligan—. Lo que estoy tratando de decirle es que me casaré con su hija, pero que al mismo tiempo continuaré siendo alguacil.

—No diga tonterías —masculló Jess Garvan.

—Le aseguro que no son tonterías. Yo no voy a impedirle a usted que continúe cazando hombres. Por tanto, opino que usted no debe inmiscuirse en lo que Jessica y yo decidamos.

—Lo que decida usted, Mulligan, no me importa en absoluto. Pero sí lo que decida mi hija. Y le aseguro que ella no va a ser la esposa de un alguacil.

—¿Por qué no?

—Porque lo digo yo. ¿No le parece eso suficiente, Mulligan? He venido a buscarla, y me la llevaré. Si usted quiere venir a mi rancho como esposo de

mi hija, puede hacerlo. De lo contrario, quedará aquí solo. Usted no es nadie. Déjela en paz, no se las quiera dar de hombre importante.

Abel Mulligan no se inmutó en absoluto. Tan sólo, si acaso, la chispa irónica de sus ojos se transformó en otra de aspecto helado.

—¿Cree que usted sí es importante, Garvan?

—Lo suficiente.

—Lo suficiente, ¿para qué?

—Para que usted me parezca poca cosa para mi hija.

—No es usted mucho más que yo. Es, simplemente, un cazapasquines. Si midiésemos a su hija por lo que puede ser usted, Garvan, yo sería demasiado para ella.

El cazador de hombres sonrió casi siniestramente.

—Muy bien, Mulligan. Voy a decirle esto: dentro de unos días me llevaré a mi hija de aquí. Veremos entonces qué clase de hombre es usted: impídalo.

Abel Mulligan encogió los hombros.

—Hablaemos de esto en su momento oportuno, Garvan.

—Seguro que sí. Sólo dígame en nombre de qué ley va usted a intentar impedirme que me lleve a mi hija, Mulligan. Me gustaría que alguien encontrase una ley por la que un hombre no tuviese derecho a llevar a su propia casa una hija de veinte años.

—Usted sabe que no hay ley que pueda perjudicarle en ese sentido. Garvan. Pero no todo se resuelve siempre con la ley. Usted sabe eso mejor que nadie.

—¿Qué está tratando de decir ahora, Mulligan?

—¿Qué más da? Usted y yo no vamos a pelear. No me parecería bien matar al padre de la mujer que amo..., o que usted me matase a mí, naturalmente. Solucionaremos a su debido tiempo esta cuestión.

Abel Mulligan dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Jessica se apresuró a seguirlo hasta allí, y cuando el alguacil la estaba abriendo, la muchacha le puso una mano en el brazo.

—Abel...

Mulligan se volvió y acarició suavemente la mejilla a Jessica.

—No te preocupes —sonrió levemente—: todo se arreglará bien, Jessica.

Salió de la casa y Jessica cerró la puerta. Quedó apoyada de espaldas en ella, mirando fijamente a su padre.

—¿Te sientes satisfecho, padre? —susurró.

—Ni satisfecho ni de ninguna otra manera. Para mí, ese Mulligan es un hombre cualquiera. Y sería mejor que también lo fuese para ti.

—Pues no lo es, padre. Le amo. Y no sé cómo Abel y yo nos las arreglaremos, pero puedes estar seguro de que no serás tú quien diga la última palabra.

—Está bien. Ya no quiero discutir más. Dentro de unos días, cuando haya recibido una cosa que estoy esperando, acabaremos esta discusión. De momento, Eli y yo nos iremos a alojar al mejor hotel de este poblado... Porque supongo que no querrás ahora ofrecerme la casa de la señora Leman.

—Te la ofrecería si ella no tuviese que estar de vuelta dentro de un par de días.

—Vaya, eso es muy cariñoso por tu parte, Jessica. Pero puesto que la tal señora ha de regresar, Eli y yo nos iremos al hotel.

—Casi me alegro, padre. Ya sería suficiente que te soportase a ti, pero no veo por qué tendría que soportar a tu compinche.

Eli Palmer enrojeció violentamente, pero no dijo nada. Jess Garvan lo miró, y luego miró a su hija.

—No te metas con Eli, Jessica. Es un muchacho que sabe apreciar lo que valgo.

—Poco puede apreciar. O muy poco vale él, padre, y por eso cree que tú vales algo.

Garvan pareció a punto de replicar a su hija, pero tras unos segundos de vacilación, se volvió hacia Eli Palmer, que todavía mostraba el rostro enrojecido, y dijo:

—Vamos ya, Eli. Mañana volveremos a hacerle una visita a Jessica. Seguramente habrá tenido tiempo de reflexionar.

—No tengo nada que reflexionar, padre. Todo cuanto se ha hablado aquí en estos pocos minutos ha bastado para dejar las cosas claras. Sé lo que tú quieres y tú sabes lo que quiero yo. Ya veremos quién gana.

-No se trata de ganar o perder, Jessica. No se trata de quién va a ganar o quién va a perder. Se trata solamente de que tú comprendas que después de cinco años de estar jugándome la vida por ti y por nuestro bienestar juntos, ya merezco tu compañía. La merezco por todo el esfuerzo realizado. Y, sobre todo, la merezco mucho más si comparamos las necesidades de afecto y compañía que podemos tener Abel Mulligan o yo. Hasta mañana, hija.

CAPÍTULO VII

Eli Palmer entró apresuradamente en la casa de la señora Leman. Ésta, al día siguiente de haber llegado Garvan y Eli a Kent, había enviado un telegrama a Jessica notificándole que debido a la prolongación de la enfermedad de su hermana, se quedaría quince días más en Toyah.

Por tanto, Jess Garvan y Eli Palmer se habían trasladado a la casa y vivían cómodamente instalados en ella.

Cuando Eli Palmer entró tan excitado, Jess Garvan estaba fumando aburridamente en el sofá de la sala de estar de la casa.

—¿Qué ocurre, Eli?

—¡Han asaltado la diligencia!

—Vaya —sonrió Garvan—. Eso va a tener un poco ocupado a nuestro querido alguacil. ¿No te parece?

—Seguramente.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—No se sabe muy bien todavía. Parece ser que fue asaltada entre Van Horn y Kent, y que los salteadores se han escondido en las Apache Mountains.

—Es un buen lugar para esconderse..., siempre y cuando no tengan tras ellos un buen perro de presa.

—¿Como usted, por ejemplo, Garvan?

—Por ejemplo —rió el cazador de hombres—. ¿O te parece que mi habilidad para localizar y cazar la pieza no es suficiente, Eli?

—Mas que suficiente, Garvan. Dicen que esos hombres se han llevado diez mil dólares que iban en la diligencia.

Jess Garvan se incorporó rápidamente. Se quedó mirando al muchacho como si no hubiese entendido bien y musitó:

—Diez mil dólares... Ésa sí que es una buena cantidad, Chico.

—Lo es. Por eso están organizando una posse en Kent que saldrá enseguida en busca de esos hombres hacia las Apache Mountains.

—Y, claro, nuestro querido Abel Mulligan irá al frente de la posse. ¿No es así?

—Supongo que sí.

—Vaya..., Esperemos que el muchacho tenga toda la mala suerte que yo le deseo. No estaría mal que le metiesen unas cuantas balas en la barriga, y así dejaría de molestarnos.

—¿Verdaderamente le desea usted eso al hombre que su hija ama, Garvan?

—Verdaderamente se lo deseo, Eli. Pero lo hago porque... porque tengo un corazón de oro.

—Oh, ¿sí? ¿Cómo debo entender eso?

—Pues, Eli, debes entenderlo en el sentido de que prefiero que sean otros los que quiten de enmedio a Mulligan antes de verme obligado a dispararle yo un par de balas con malas... intenciones.

Eli Palmer se sentó en uno de los silloncitos, y se quedó mirando dubitativamente al cazador de hombres. No parecía que el muchacho se tomase muy en serio las palabras de éste, pero era evidente que tampoco consideraba del todo increíble que Jess Garvan hiciese lo que había dicho.

En aquel momento oyeron fuera de la salita las pisadas de Jessica, que descendía los escalones que llevaban desde el vestíbulo de la casa al primer piso. Casi enseguida oyeron abrirse la puerta, y la voz de Abel Mulligan llegó hasta ellos, confusa. Oían la voz, pero no podían entender sus palabras.

Pronto el alguacil apareció en la salita. Se quedó en el umbral, con Jessica a su lado y asida a uno de sus brazos.

—¿Qué tal, Mulligan? —saludó irónicamente Garvan—. ¿Ha venido a despedirse?

—De Jessica sí, Garvan.

—¿De mí no?

—No.

—Oh, entiendo. No me diga que ha venido a buscar mi ayuda para salir a cazar a esos hombres que han asaltado la diligencia.

—No sea vanidoso, Garvan. No necesito su ayuda.

—¡Vanidoso! —rió Garvan—. Es posible que lo sea. Pero también es más que posible que usted esté muy necesitado de ayuda cuando se encuentre en las Apache Mountains persiguiendo a un puñado de hombres que han robado nada menos que diez mil dólares.

—Me las arreglaré.

—Bueno, usted sabrá lo que hace. De todos modos, estoy convencido de que no encontraría a esos hombres ni siquiera en diez años, Mulligan.

—Quizá no. ¿Usted los encontraría, Garvan?

—¿Yo? Haga una apuesta, Mulligan, y se lo demostraré.

—No tengo mucho dinero que perder en apuestas, Garvan.

—Entonces no las haga. Pero puede estar seguro de que, si me lo propusiese, en diez horas encontraba a esos tipos y los... convencía de que se habían portado muy mal.

—Sí, ya conocemos todos sus métodos para convencer a los hombres que persigue. Si quiere buscarlos, apresúrese.

—Creí que no había venido a buscar mi ayuda, Mulligan.

—Ya le he dicho que no la necesito. Por lo único que le sugiero que se apresure a buscar a esos hombres es porque la Texas Overland ha ofrecido mil dólares a quienes les recuperen los diez mil que han robado.

—¿Mil dólares por recuperar diez mil? —se burló Garvan.

—Mil dólares es una buena cantidad..., sobre todo si ha sido ganada honradamente.

—Ya entiendo. Si usted sale a las Apache Mountains, mata a esos hombres y recupera los diez mil dólares, cobrará mil como recompensa y todos le felicitarán y le admirarán. En cambio, a mí, que he ganado dinero también matando hombres reclamados, ni me respetan, ni me admiran.

—Quizá comprenden la diferencia que hay entre usted y yo, Garvan.

—La diferencia que hay entre nosotros, Mulligan, quizá le perjudicase a usted. Pero no se detenga más por nosotros. Vaya corriendo a organizar y dirigir esa posse, y ojalá tenga suerte y gane esos miserables mil dólares. Así tendrá algo que ofrecer a mi hija.

—Espero poder ofrecer a su hija algo más que dinero, Garvan.

—Bueno..., eso es muy romántico. Pero no estaría mal que empezase por ofrecerle dinero. Si ha venido a despedirse, Mulligan, ya lo ha hecho; ahora, adiós.

Abel Mulligan dio dos o tres pasos hacia el interior de la sala de estar. Metió la mano en un bolsillo y sacó un rollo de billetes, que tiró a las manos de Jess Garvan.

—Han enviado este dinero para usted, Garvan. Es el precio de la vida de un hombre llamado Cassius Lippman. Que le aproveche.

Dio la vuelta y salió rápidamente, siempre acompañado de Jessica. Casi enseguida, Garvan y Eli Palmer oían la puerta al cerrarse. Y luego, Jessica

entró en la sala de estar, justo cuando Garvan, tras contar rápidamente el dinero, se ponía en pie y se acercaba a la ventana.

Desde allí estuvo contemplando pensativamente la partida de hombres que salía de Kent hacia las Apache Mountains en busca, de los forajidos que habían asaltado uno de los coches de la Texas Overland.

Cuando se volvió de nuevo hacia el interior de la sala de estar, Jessica le estaba mirando fijamente.

Y la muchacha preguntó:

—¿Crees que haces bien hablándole así a Abel, padre?

—¿Cómo le he hablado?

—Tú sabes muy bien que otro hombre no te soportaría como Abel. Y si lo hace no es porque te tenga miedo, sino por respeto a mí, porque me quiere.

—No digas tonterías. Si tu querido Abel no llevase una estrella de cinco puntas en el pecho, posiblemente ni siquiera se habría atrevido a hablarme a mí en el tono en que lo ha venido haciendo estos días.

—Abel no necesita esa placa para hablarte como te mereces, padre. Y quizá aunque no la llevase, si no fuese por mí, ya te habría matado.

Jess Garvan se echó a reír.

—¡Todavía no existe el hombre que pueda disparar más rápido que yo, Jessica!

—Existe. Pero tiene más dignidad que tú, padre.

Jess Garvan encogió los hombros. Miró a Eli y dijo:

—Ve a ensillar nuestros caballos, Eli. Y también el de Jessica. Nos vamos los tres de aquí.

El muchacho se puso en pie, sin hacer comentario alguno, pero antes de que hubiese salido de la sala de estar, Jessica, dijo:

—Ya has cobrado tu dinero por el último hombre que mataste, padre. Y ahora tienes, además, la gran oportunidad. Abel se ha marchado a cumplir con su deber. Entonces, tú aprovechas la ocasión para llevarme contigo. ¿No es eso?

—Efectivamente, estaba esperando cobrar estos quinientos dólares para marcharnos de aquí, Jessica. También, aunque no lo creas, quería darte unos cuantos días para que lo pensases detenidamente.

—Ya te dije el primer día, cuando llegaste, que no había nada que pensar; quiero quedarme aquí, con Abel.

—Y yo quiero que vengas conmigo. De modo que ahora Eli ensillará los tres caballos; mientras, yo te ayudaré a recoger lo que quieras llevarte en este viaje.

Eli Palmer, ya en la puerta junto a Jessica, preguntó:

—¿Nos vamos ya hacia Pecos, Garvan?

—Vamos hacia Pecos. Pero no de un modo directo, Eli. Primero iremos hacia las Apache Mountains. Allá, yo le demostraré a Abel Mulligan cómo se caza a unos cuantos hombres. Y cuando se lo haya demostrado, él tendrá que decidir si se queda en este poblacho como un simple alguacil, o se viene contigo, conmigo... y con Jessica al rancho que ya nos está esperando. Ensilla los tres caballos, Eli.

-De acuerdo.

CAPÍTULO VIII

Ya próxima la noche, Jess Garvan, su hija Jessica y Eli Palmer se detenían en una parte de las estribaciones de las Apache Mountains dónde discurría uno de los afluentes del Pecos River.

Junto a una de esas orillas pudieron ver un grupo de jinetes que parecían bastante indecisos.

Sonriendo duramente, Jess Garvan se adelantó a su hija y a Eli, cabalgando hacia allí. Era fácil vadear el arroyo por aquella parte, y en pocos segundos el cazador de hombres llegó a donde estaban los jinetes que habían visto ya hacía rato.

Eran, efectivamente, tal como había pensado, parte de la posse que había salido en persecución de los hombres que habían asaltado la diligencia. Pero entre aquellos hombres no estaba Abel Mulligan.

—¿Cómo va la caza? —sonrió Garvan.

Nadie le contestó. Todos los hombres estaban mirando hacia el vado, que estaba siendo cruzado por Jessica y Eli Palmer. Detrás de éste iba otro caballo, cargado con la impedimenta de la muchacha.

Jessica se reunió pronto con su padre, y su primera pregunta no sorprendió en absoluto a éste ni a ninguno de los presentes:

—¿Dónde está Abel?

Tardaron algunos segundos de más en responderle, y eso tras haberse mirado como avergonzados unos a otros.

Por fin, uno de los jinetes informó:

—Llegamos hasta aquí persiguiendo a los salteadores, señorita Garvan. Y ellos subieron montaña arriba y Abel Mulligan y dos hombres más subieron detrás. Nosotros teníamos que rodear esta montaña y procurar encerrar a esos ladrones en lo alto. Pero por el otro lado de la montaña no se puede subir a caballo. Y ellos sí van a caballo. Eso quiere decir...

—Eso quiere decir —cortó secamente Garvan—, que si ustedes quieren subir por el otro lado de la montaña han de hacerlo a pie, y a pie es muy peligroso. ¿Correcto?

El cazador de hombres recibió un buen número de hoscas miradas. Pero ni una sola voz contradijo la definición que había hecho de la situación entre perseguidos y perseguidores.

—Parece que he acertado, ¿verdad? —insistió Garvan.

Y de nuevo recibió el silencio como respuesta.

Se apartó él solo del grupo y cabalgó lentamente hacia un lado y otro del pie de la montaña ante la cual se había detenido parte de la posee. Invirtió no menos de cinco minutos en ir de un lado a otro a caballo, examinando el terreno con fría y conocedora mirada. Era un terreno áspero, pero no imposible de ser recorrido a caballo.

Conociendo ya la situación exacta de ambos bandos, Jess Garvan regresó junto al grupo y gruñó:

—Está bien. Por aquí se puede subir a caballo. No sólo lo he visto yo, sino que, según entiendo, el alguacil lo ha demostrado al seguir adelante... acompañado de sólo dos hombres. ¿Alguno más se decide a seguir adelante?

El mismo hombre que había informado a Jessica respecto a lo que estaba sucediendo montaña arriba, farfulló:

—¿Por qué no sube usted, Garvan? Todos sabemos qué es un hábil cazador de hombres. Muy bien. Tiene la ocasión de demostrarlo cumplidamente.

—También ustedes tienen ocasión de demostrar que organizan las partidas de caza para algo más que divertirse y alejarse de sus esposas —comentó agriamente el cazador de pasquines—. Pero según entiendo, no sienten demasiado interés por hacerlo.

—Nosotros no ganamos dinero matando, Garvan. Usted, sí. Ahí tiene una buena oportunidad. Dan mil dólares al que recupere los diez mil que fueron robados.

—Ya sé eso. Y para otra ocasión, amigo, le aconsejo que antes de hablar conmigo recapacite muy bien sobre sus palabras.

El hombre palideció intensamente. De buena gana se hubiese escondido entre sus compañeros, pero pareció que ni siquiera le quedaban fuerzas para mover las bridas de su caballo. Garvan se limitó a sonreír despectivamente. Luego miró a Eli y dijo:

—Muy bien, Eli. Vamos a demostrarles a estos... «cazadores» cómo se hacen las cosas. Arriba, muchacho.

Eli Palmer no vaciló ni un segundo. Desató la soga que unía el caballo que llevaba la impedimenta de Jessica Garvan, al pomo de su silla de montar, y entregó el extremo de la cuerda a la muchacha.

Pero ésta susurró:

—Yo también voy.

Garvan la miró sobresaltado.

—Vas..., ¿adónde, Jessica?

—Contigo. Contigo y con tu amigo, padre.

—Tú vas a quedarte aquí —gruñó el cazador—. Eli y yo nos bastamos para atrapar a esos hombres. Supongo que comprendes perfectamente que no te necesitamos. Si acaso —sonrió burlonamente—, ya nos ayudará Abel Mulligan y los dos valientes que le han acompañado.

Movió las bridas de su caballo, orientándolo hacia la falda de la montaña. Eli se emparejó con él, algo separado.

Pero Jessica Garvan demostró entonces que, en efecto, su carácter no era menos firme que el de su padre. Dejó suelto el caballo cuya soga de fijación le había entregado Eli Palmer, y también se acercó hacia la falda de la montaña.

—Voy a subir ahí padre. Sólo se trata de que me permitas ir a tu lado o sola. Pero voy a subir. Si Abel está ahí, yo quiero verlo. Y eso no vas a poder impedírmelo.

—Es una locura, Jessica.

—No importa. Lo menos que puedo pedirte, ya que me llevas contigo, es que me dejes despedirme de él.

—Está bien —suspiró Garvan—. Pero sólo hasta donde yo lo considere prudente. Luego, de un modo u otro, te quedarás donde yo te diga.

En lo alto de la montaña, de pronto restallaron los estampidos de varios rifles. Se oyeron gritos de dolor y relinchar de caballos. Garvan miró rápidamente a su hija, pero cuándo se disponía a decir algo, la muchacha se adelantó:

—No digas nada, padre. Te he dicho que subiré. Y lo haré.

—Conforme.

Se dirigieron los tres montaña arriba. Garvan y Eli, llevaban en las manos los Winchester, y su mirada recorría atentamente cualquier lugar donde pudiese estar escondido un hombre, aunque era poco probable que Abel Mulligan y sus dos acompañantes hubiesen dejado atrás algún enemigo... vivo.

Arriba volvieron a oírse los estampidos de varios rifles. Parecían sonar algo más lejos. Un cambio de viento llevó nuevamente hasta ellos el asustado relincho de un caballo.

Finalmente llegaron a un lugar a partir del cual ya no se podía continuar a caballo, Garvan desmontó y ayudó a su hija a hacer lo mismo.

—Ahora, Jessica, sería mejor que te quedases aquí...

—Todavía no, padre. Antes, si es posible, quisiera encontrar a Abel. Puede que él sea uno de los hombres que han resultado heridos..., y entonces lo quisiera ayudar.

—Está bien. Yo comprendo eso, hija, pero tú también deberías comprender que éste no es lugar para ti.

—Mi lugar estará siempre donde esté Abel Mulligan, padre.

No era momento de discutir.

Jess Garvan lo comprendió así, y, por supuesto, no pensaba distraer su atención en una nueva conversación sobre aquel tema que ya había creído dejar zanjado al llevarse a su hija con él hacia el rancho que tenía ya apalabrado cerca de Pecos, en el condado de Reeves.

Tampoco hubiese podido hablar con tranquilidad, puesto que en aquel mismo momento una vez más se oían disparos de rifle y esta vez también de revólver.

Eli estaba ya escalando cautelosamente su terreno, y Garvan se decidió a hacer lo mismo por el que le había correspondido. Su hija le siguió, con ciertas dificultades, pero con una tenacidad que ya no podría sorprender a su padre.

Fue Eli Palmer; pocos después, quien descubrió el primer cadáver. Llamó a Garvan, y éste, siempre seguido de su hija, se acercó al punto que estaba señalando el muchacho.

Un hombre desconocido para ellos yacía entre algunas peñas, con la cara hundida en la tierra. Garvan le dio la vuelta con la punta del rifle y miró de reojo a su hija cuando el rostro del cadáver quedó orientado al ya casi oscuro cielo.

—¿Lo conoces, Jessica? —preguntó—. ¿Es uno de los del pueblo? ¿O uno de los asaltantes?

—Es uno de los del pueblo, padre. Se llama Sherman. Está... está muerto... ¿verdad?

—Verdad. Está muerto. Y lo mismo puede ocurrirnos a nosotros si continuamos adelante. Así que está vez...

—Esta vez, padre, continuare adelante.

—¿No comprendes...?

Jess Garvan calló bruscamente cuando muy cerca de allí sonó el quejido humano. Se miraron los tres y fueron rápidamente hacia allí, pero siempre con

el rifle apercebido para hacer frente a cualquier sorpresa desagradable.

No habría sorpresa.

Esta vez era Abel Mulligan el hombre que vieron tendido en el suelo. A su lado había otro hombre, con el pecho tan lleno de sangre que era muy poco probable que conservase la vida.

Pero Abel Mulligan sí la conservaba, a pesar de que también en su pecho se veía sangre abundante.

Jessica corrió hacia él, adelantándose a su padre y a Eli, y se arrodilló a su lado.

—¡Abel, Abel...!

El herido alguacil fijó su incierta mirada en la muchacha.

—¡Jessica...! ¿Estás loca...? ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte, Abel. He venido a decirte que mi padre me lleva con él, pero que volveré..., volveré a tu lado, Abel.

La voz de Jess Garvan sonó, desapacible, en los oídos de su hija y de Abel Mulligan:

—Eso será si nuestro alguacil conserva la vida, Jessica.

—¡Oh, sí! —exclamó la muchacha—. Él vivirá..., él vivirá, padre...

—Pues tanto mejor para él. Nosotros vamos a continuar buscando a esos hombres.

Jessica Garvan miró incrédulamente a su padre.

—¿Vas a seguir montaña arriba?

—Así es.

—No puedes hacer eso... ¡Tienes que ayudarme a llevarnos de aquí a Abel! Sólo hasta donde está esperando el resto de la partida. Luego, padre, si quieres, puedes continuar buscando a esos hombres... y ganar los mil dólares de recompensa.

—No voy a perder el tiempo por Mulligan, Jessica. Él se lo buscó. Tiene en el pecho el plomo que demuestra que no sirve ni siquiera para alguacil. Yo voy a demostrarle que soy mejor que él en cualquier aspecto. Seguiré montaña arriba, y cuando regrese lo haré arrastrando los cadáveres de esos salteadores de diligencias.

—Padre, te lo suplico... No sigáis hacia arriba... Quedaros aquí, ayudadme a bajar a Abel. Lo llevaremos al pueblo... ¿Qué importan esos diez mil dólares? Lo que me importa a mí, y por lo tanto debería importarte a ti, es la vida de Abel. ¿No vas a querer hacer eso por mí, padre?

—No lo haría por ti, sino por él —gruñó Garvan—. Y por él sólo puedo hacer una cosa: acabar lo que él no ha sabido ni siquiera empezar. No

tardaremos mucho. Así que puedes quedarte aquí cuidándole hasta que Eli y yo regresemos.

Jessica Garvan miró desesperada a Eli Palmer.

—¿Eli, va... Eli, va usted a seguir a mi padre, no va a ayudarme a bajar a Abel hasta donde está el resto de la posse?

—Con gusto lo haría, Jessica. Pero no olvide que soy solamente el capataz de su padre. Tengo que hacer lo que él ordene. Y eso no es todo. Lo cierto es que opino igual que él, y que le admiro lo bastante para acompañarle..., y desear imitarlo.

—No es posible... —musitó la muchacha—. No es posible...

—Ya ves que sí es posible, Jessica —contradijo su padre—. Te dije que Eli sabía apreciar lo que valgo, y ahora él mismo acaba de demostrármelo. Si quieres que alguien te ayude a sacar de aquí a Abel Mulligan, puedes regresar tú sola abajo y enviar unos cuantos hombres, que lo bajarán mucho mejor que tú.

—Pero, padre, es posible que si tardamos mucho Abel pierda tanta sangre que...

Abel Mulligan, que casi inconsciente asistía a la increíble conversación entre Jessica y un hombre que ya consideraba como una obsesión la caza del hombre, tiró suavemente de la mano de la muchacha atrayendo su atención.

—Déjalo, Jessica... Son mil dólares..., mil dólares que puede ganar por continuar... adelante... Si no sigue adelante..., puede... puede que esos hombres se le escapen... y él prefiere dejarme a mí aquí a dejar... a dejar escapar a éstos... a esos hombres...

Jess Garvan y Eli Palmer habían ya comenzado a caminar de nuevo montaña arriba. Jessica, tras escuchar las vacilantes palabras de Abel Mulligan, se desentendió levemente de éste para fijar la mirada en la espalda de su padre.

—¡Padre!

Garvan se volvió.

—No insistas más, Jessica. Ya te he dicho todo lo que puedes hacer. Y no esperes mi ayuda para salvar la vida de ese hombre.

—¡Se va a morir!

—Pues que se muera.

Y de nuevo Jess Garvan y Eli Palmer se pusieron en movimiento montaña arriba.

Garvan sabía que los hombres que habían asaltado la diligencia estaban acorralados. Eran indudablemente muy peligrosos, pero estaban acorralados.

Eso era lo único que al parecer había conseguido la posse mandada por Abel Mulligan. Habían empujado a aquellos hombres hacia una parte de las Apache Mountains que, no debían conocer lo bastante bien. Y así, se habían metido en un terreno que si bien resultaba accesible de frente, quedaba luego por la otra parte cortado para los caballos.

Parecía ciertamente una temeridad, casi un suicidio, intentar atacar a esos hombres precisamente por el otro lado, que era el que ellos vigilarían temiendo una escalada a pie de los componentes de la posse.

Pero los componentes de la posse no se atrevían a llevar a cabo aquella clase de ataque, de final de acorralamiento. Por su parte, Jess Garvan comprendía que era poco menos que un declarado suicidio intentar él solo y Eli atacar por ese mismo punto, que habría resultado fácilmente vulnerable para no menos de diez o doce hombres.

En cambio, los asaltantes de la diligencia encontrarían muchas más dificultades para repeler un ataque de frente.

Un ataque de sólo dos hombres, pero uno de los cuales era capaz de cazarlos uno a uno por sí solo.

Estaba claro que los perseguidos no podían marcharse de aquel lugar nada más que por donde estaban adelantando terreno Jess Garvan y Eli Palmer, ya que para hacerlo por el otro lado deberían abandonar sus caballos. Y eso era lo último, la locura más definitiva que podía cometer un hombre: abandonar su caballo en aquel lugar y en aquellas circunstancias.

Por lo tanto, aguantarían allá arriba hasta que quizá ya la noche completamente cerrada intentasen escapar por el frente abriendo una brecha por sorpresa:

Pero la sorpresa se la quería proporcionar a ellos Jess Garvan.

Dos hombres podían llegar en silencio, sorpresivamente, a lo alto. Y justamente lo que menos podían esperar los forajidos acorralados era que tan sólo dos hombres se atreviesen a subir en busca de ellos.

Eli Palmer lo estaba haciendo tan bien que ni siquiera Jess Garvan, que caminaba a menos de diez yardas del muchacho, podía oírlo. Sólo de cuando en cuando, con las últimas luces del día, podía verlo por entre matas y rocas.

Y así, diez minutos después, ya completamente cerrada la noche, Jess Garvan y Eli Palmer llegaron a lo alto de la montaña, tras haberla rodeado parcialmente por la izquierda.

Sabían que los perseguidos estaban allí. Tenían que estar a no más de cien yardas de ellos. De detrás de cualquier roca, de detrás de cualquier mata, podía salir uno de aquellos hombres...

Sólo se trataba de ser más sigiloso... y peligroso que ellos. Sólo se trataba de ir adelantando terreno y teniendo la seguridad de qué a su espalda no quedaba nadie.

Finalmente llegaría el momento en que los perseguidos estarían acorralados de tal manera que en cuanto oyesen unos cuantos disparos frente a ellos comprenderían que lo último que les quedaba era dar la cara, intentar rebasar aquella línea y escapar montaña abajo.

Tanto Garvan como Eli Palmer habían localizado ya el lugar donde los ladrones de diligencias habían cobijado sus caballos. Oyeron claramente su nervioso patear, y algún que otro piafar.

Jess Garvan se sobresaltó cuando oyó, de pronto, el grito de Eli Palmer. Se incorporó bruscamente, a tiempo de ver, ante ellos y sobre una roca más alta, a los dos hombres que en aquel mismo momento disparaban su rifle.

Eli y él reaccionaron con la misma agilidad y rapidez, si bien el muchacho no pudo evitar que el plomo que buscaba su cuerpo le acertase en una pierna.

Pero mientras rodaba por el suelo, Eli Palmer todavía pudo disparar por dos veces su rifle.

Y al mismo tiempo que Jess Garvan disparaba el suyo, veía reventar la cabeza de uno de los dos hombres bajo los disparos de Eli. Todo ello a la brevísima luz del fogonazo producido por el disparo que acababa de efectuar el otro hombre en el momento en que la bala disparada por Garvan también hacía polvo su cabeza.

Los dos hombres quedaron como colgados en la roca, sus rifles caídos por delante de ellos.

Garvan dio varias vueltas sobre sí mismo, hacia la derecha, hasta llegar junto a Eli, mientras una granizada de balas lo buscaba en el último lugar en que había estado.

También varias balas se clavaron en la tierra donde se suponía que debía estar el herido Eli Palmer.

Pero el muchacho estaba demostrando una gran habilidad y rapidez de acción, de modo que él y Garvan se encontraron a salvo bien cobijados en un lugar donde sus enemigos no creían posible que hubiesen podido llegar.

—¿Qué ha sido eso, Eli? —susurró Garvan.

—Nada importante...

—Pero te han herido, ¿no?

—Sólo me han dado en una pierna. Pero la bala ha salido. Es poco más que una rozadura, Garvan.

—Bien... Por un momento temí qué la herida fuese seria.

—He tenido suerte. ¿Qué hacemos ahora? Esos hombres ya saben más o menos dónde nos tienen acorralados.

—¡Acorralados! —rió por lo bajo Garvan—. Tú y yo vamos a demostrarles que no hay manera de acorralarnos... ¿Estás dispuesto?

—Cualquier cosa con tal de liquidar esto cuanto antes, Garvan. No quisiera quedarme aquí perdiendo sangre, como le ha ocurrido a Abel Mulligan.

—No seas tonto, chico. A ti no te dejaría aquí. ¿No comprendes la diferencia que hay para mí entre tú y Abel Mulligan?

—¿Cuál diferencia, Garvan?

—Es sencilla y la comprenderás enseguida. Mientras que tú eres mi capataz y, dado que te aprecio, tendré la satisfacción de tenerte a mi lado en mi rancho, Abel Mulligan quiere quitarme a la otra persona que yo quisiera tener a mi lado para siempre. ¿Lo comprendes ahora?

—Bastante bien. De acuerdo. ¿Cómo lo hacemos, Garvan?

—Yo voy a tomar la iniciativa. Sólo tienes que sacar la punta del rifle por cualquier lado y comenzar a disparar... ¿Recuerdas cómo lo hicimos con Cassius Lippman y Charles Ball?

—Sí. Lo recuerdo...

—Pues de un modo idéntico, Eli. Tú dispara y yo daré la vuelta hasta encontrarlos por detrás.

—Está bien.

—Sobre todo, no dejes de disparar. Procura espaciar las balas de manera que mientras vas gastando una carga de doce, puedes ir introduciendo de cuando en cuando que otra bala en el depósito.

—Ya aprendí eso de usted, Garvan. No se preocupe. Estará bien cubierto.

—Ya lo sé, Eli —rió el cazador de hombres—. Eres un gran chico, de veras. Me fastidiaría mucho tener que prescindir de ti por cualquier motivo.

—El motivo que puede haber es que esos hombres nos maten, Garvan. Por lo demás, cuente conmigo para todo.

—Buen chico...

Garvan golpeó amistosamente el hombro de Eli y enseguida se deslizó por el suelo, alejándose del muchacho. Éste esperó todavía un par de minutos. No se engañaba. A pesar de la aparente calma sabía perfectamente que delante suyo había no menos de tres o cuatro hombres que, naturalmente, estaban dispuestos a matarlo a él y a Jess Garvan.

Sólo habría una diferencia: que sería Jess Garvan, como siempre, con aquella inconcebible suerte que tenía, quien acabase con todos ellos.

Estaba todavía Eli Palmer pensando en los pros y los contras de aquella pelea cuando un hombre apareció ante él a menos de siete yardas. El muchacho se quedó sin respiración, pero de un modo puramente instintivo, en él más puro de los reflejos de instinto de conservación, alzó el rifle y disparó por dos veces, moviendo rápidamente la palanca.

El hombre que había aparecido ante él, y cuyo revólver estaba ya apuntando a Eli Palmer, lanzó un agudo grito al tiempo que describía tres o cuatro vueltas hacia atrás y se partía la cara contra una de las rocas cercanas.

Casi enseguida, por detrás de Eli se oyó arrastrar de un cuerpo. Otro hombre se estaba acercando, y se había puesto nervioso ante la proximidad de los disparos, o, posiblemente, al ver cómo uno de sus perseguidores acababa de matar a un compañero de fechorías.

Empezó a ponerse en pie, alzando también el revólver que había llevado en la mano derecha, pero cuando todavía ni siquiera había conseguido alzar completamente la cabeza, la bala disparada por Eli Palmer pareció clavársela en el suelo..., y Eli Palmer saltó de nuevo buscando otro escondrijo.

Ya no era necesario.

Porque Jess Garvan, aprovechando la confusión de aquella pelea... particular de Eli, había rodeado rápidamente unas rocas y aparecido por detrás al único hombre que quedaba vivo de la banda, y que se disponía a iniciar el ataque contra el muchacho.

—Quietecito, amigo. O eso, o un buen plomo en la espalda.

El hombre quedó completamente inmóvil detrás de la roca. Garvan se le acercó precavidamente y miró a ambos lados del forajido, sopesando la posibilidad de que todavía quedase alguno más.

Pero no.

Ya no quedaba ninguno más.

Cinco hombres eran más que suficientes para asaltar una diligencia. Y de esos cinco habían ya muerto cuatro. Por lo tanto, ante él, de espaldas, Jess Garvan tenía al único superviviente de la banda.

—Date la vuelta, amigo.

El hombre obedeció; tenía en las manos un revólver pero era evidente que consideraba más conveniente para conservar la vida no intentar ni siquiera usarlo. Ya había tenido una buena muestra de la peligrosidad de los hombres con los que se habían enfrentado él y sus compañeros.

—¿Eres el último? —preguntó Garvan.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Si quiere, busque alguno más por ahí.

—Muy gracioso... ¿Sabes que te van a linchar, compañero?

—Lincharme, ¿por qué? Al fin y al cabo sólo hemos asaltado una diligencia...

—¡Seguro! —rió Garvan—. Y además, habéis matado a dos hombres de la partida que salió en vuestra persecución..., y habéis malherido al alguacil de Kent. Por lo tanto, dudo mucho que lleguéis con vida a cualquier lugar donde se os pudiese juzgar... Oh, quiero decir que llegues, ya que te encuentras completamente solo... Muy bien. ¿Dónde está el dinero?

Eli Palmer llegaba junto a ellos, siempre prevenido, justo en el momento en que el hombre respondía:

—Búsquenlo.

—De acuerdo —sonrió Garvan—. Eli, ve a dónde están los caballos y examina las alforjas. Me apuesto mil dólares a que allá están los diez mil dólares que estamos buscando.

Eli asintió con un gesto, y fue hacia el lugar donde tras unas cuantas rocas y con las bridas amarradas a unos arbustos, estaban los caballos. Apenas un par de minutos después regresaba junto a Garvan y a su prisionero, llevando una de las alforjas.

—Aquí está el dinero, Garvan. No sé si todo, pero calculo que si no están los diez mil dólares muy poco debe faltar...

—Bueno, no nos pondremos ahora por unos centavos —rió Garvan—. Y puesto que ya hemos encontrado el dinero, vamos a evitarle a este amigo un mal rato.

—¿Qué mal rato?

—Pues el mal rato de que lo linchen. Tú ya me conoces, Eli, ya sabes que tengo un corazón de oro..., ¿no es cierto?

—Es cierto, Garvan —rió el muchacho.

—Por lo tanto, vamos a demostrárselo a nuestro prisionero... ¿Te parece bien?

—Eso lo ha de decidir usted.

—Pues ya está decidido.

Y Jess Garvan apretó una vez más el gatillo de su rifle. Sólo una vez más. Fue suficiente, porque, como siempre, patentizando una vez más el gran dominio que el cazador de hombres tenía de las armas que utilizaba, la bala disparada atravesó con toda limpieza el corazón del desprevenido salteador de diligencias. Éste se derrumbó como si en lugar de recibir un balazo en pleno corazón hubiesen segado de pronto sus piernas.

Garvan se acercó a él, le pasó una bota por el sobaco y lo volvió cara al oscuro pero ya abundantemente estrellado cielo tejano.

Las estrellas se reflejaron en los abiertos ojos del ya cadáver.

—Bueno, Eli, parece que esto ha terminado.

—No del todo, Garvan. Ahora tenemos que llevar a estos hombres y el dinero a dónde está esperando la partida.

—Seguro que sí, muchacho. Les vamos a llevar los cadáveres de estos cochinos salteadores de diligencias, y les llevaremos también los caballos, pero... ¿cómo vamos a llevarles el dinero, Eli?

Eli Palmer frunció el ceño.

—No le entiendo, Garvan.

—Te pregunto que cómo vamos a llevarles el dinero... si no lo hemos encontrado.

—¡Pero sí que lo hemos...!

Eli Palmer se mordió los labios. Estuvo mirando fijamente a Jess Garvan, que, sonriente, se dedicaba a reponer en el depósito de su rifle los cartuchos gastados. Los dos hombres podían verse perfectamente a la luz de la luna.

Por fin, Eli Palmer susurró:

—¿No piensa devolver el dinero, Garvan?

—Eli, muchacho, no seas cabezón. ¿Cómo vamos a devolver un dinero que no hemos encontrado?

—Entiendo... Entiendo, Garvan. Se quiere quedar los diez mil dólares.

—Bueno..., digamos que quiero quedarme cinco mil dólares, Eli. ¿Entiendes esto?

—Creo que sí... Usted ha pensado darme cinco mil dólares a mí y quedarse cinco mil usted.

—Correcto. Pero si te parece mal, devolvemos los diez mil dólares, aceptamos los mil que nos darán de recompensa por haberlos recuperado..., y tú tendrás quinientos dólares en lugar de cinco mil.

—Vaya..., no es cosa que deba ser pensada demasiado detenidamente.... ¿No le parece, Garvan?

—Yo no necesito pensarlo, Eli. Eres tú quien tiene que decidir ahora si prefieres quinientos dólares o cinco mil.

—Prefiero cinco mil.

—Estupendo. Ahora, ayúdame a coger estos tipos, a subirlos a sus caballos... Y bajaremos a demostrarle a nuestro querido Abel Mulligan cómo se cazan unos cuantos hombres —Garvan se echó a reír—. Lastima que no hayamos podido recuperar el dinero, ¿verdad, Eli?

—Sí... —rió el muchacho—, es una verdadera lástima.

—Te diré lo que vamos hacer. Esconderemos este dinero en cualquier lugar de esta montaña. Pero tiene que ser un lugar muy seguro, Eli. Luego, si los de la posse quieren venir a buscarlo, que vengan. Que registren todo lo que quieran. Nosotros hemos de esconderlo de manera que dentro de unos días podamos venir a llevarnoslo. Y cuando los de la posse no lo encuentren creerán que algún ladrón más ha conseguido escapar con él, o que estos mismos lo tiraron o escondieron en cualquier otro sitio por él que hayan pasado.

-Perfecto, Garvan.

-Yo siempre trabajo bien, Eli. Ah, otra cosa: si encuentras dinero en los bolsillos de estos tipos ya sabes que nos pertenece a nosotros. Y ahora, manos a la obra. Nos están esperando abajo. Es decir, puede que en estos momentos crean que nos han matado.

Y Jess Garvan se echó a reír.

Verdaderamente, un hombre que, como él, tenía un tan grande y bondadoso corazón de oro merecía ganar mucho dinero.

Y merecía también el duro, el amargo final que le estaba aguardando.

* * *

Tres días después, Jess Garvan, Jessica y Eli abandonaban de nuevo Kent. Habían tenido que regresar allí para ayudar a llevar al malherido Abel Mulligan. Los otros dos hombres de la partida habían muerto. Y lo peor era que todo había sido en vano, ya que el dinero no había sido hallado.

Jess Garvan hubiese querido ya marcharse hacia Pecos aquella misma noche en que, entre él y Eli Palmer habían matado a los salteadores de diligencias.

Pero Jessica se había negado rotundamente. Para seguir a su padre, para obedecerlo y vivir con él hasta que ella tuviese la edad suficiente para abandonarlo, había puesto como condición que Garvan le permitiese estar junto a Abel Mulligan hasta que estuviesen seguros de que el alguacil se hallase fuera de todo peligro.

Y una vez cumplido esto, cuando el médico que atendía a Mulligan aseguró que ya sólo era cuestión de días, Jess Garvan, inflexible, partió de Kent, llevándose a su hija y dejando a Abel Mulligan solo y malherido.

Cuando ya estuvieron los bastante alejados de Kent, Jess Garvan demostró la gran confianza que día a día había ido depositando en Eli Palmer, cuando le

sugirió que fuese a buscar los diez mil dólares que dos días antes había escondido, mientras él y Jessica continuaban hacia Pecos.

Más adelante, ya con los diez mil dólares, Eli Palmer los alcanzaría.

Y ni por un momento sugirió Jess Garvan a Eli Palmer que temía que éste se marchase con los diez mil dólares.

Y así fue.

La confianza que Jess Garvan depositara en el muchacho se vio plenamente cumplida. Eli Palmer los alcanzó a mitad de camino entre Kent y Pecos, llevando los diez mil dólares, de los cuales ni él ni Garvan hicieron la menor mención a Jessica. Del mismo modo que cuando Eli fue a recogerlos la conversación entre él y Garvan se había desarrollado aparte de la muchacha.

Y así, calculando su fortuna en más de los que había esperado conseguir, Jess Garvan llegó un día a Pecos, acompañado de las personas que más quería en el mundo: Jessica Garvan, su hija, y Eli Palmer, el muchacho que se había hecho ya casi imprescindible en el afecto de Jess Garvan, no sólo por el que al mismo tiempo le demostraba el muchacho, sino por su eficacia y su trato diligente y rápido.

De este modo, Jess Garvan empezó a ver cumplidos todos sus sueños y sus ambiciones el día en que, poco después de su llegada a Pecos, pagaba el resto del precio que le habían impuesto por el rancho que le había gustado.

A partir de entonces, Jess Garvan se proponía vivir tranquilo y feliz hasta el resto de sus días.

CAPÍTULO IX

Aquella tarde, Jess Garvan y Eli Palmer regresaron de hacer un somero recorrido por el rancho del primero, un recorrido que había bastado para hacerse una clara idea del magnífico rancho que Jess Garvan había adquirido por fin. Un rancho en el cual, definitivamente, pensaba llevar una vida tranquila y sosegada.

Atrás, muy atrás, quedaban las muchas muertes que su revólver o su rifle habían ocasionado. Allí iba a terminar el cazador de hombres para convertirse en un ranchero próspero y acomodado. Allí viviría tranquilamente Jess Garvan, el hombre del corazón de oro que siempre se había esforzado en no dejar que ningún forajido fuese linchado. Un hombre que, para conseguir esto, y para evitar luego las grandes, las peligrosas molestias de sucesivas venganzas, había ido cobrando pasquines por el expeditivo procedimiento de matar.

Y aquella tarde, tras el recorrido por los pastos y demás propiedades del rancho, los dos hombres desmontaron delante de la casa.

Y cuando ya los dos estuvieron a pie, Eli Palmer dijo:

—Garvan.

Jess Garvan se volvió, y miró con simpatía al muchacho.

—Dime, Eli.

—¿Se siente usted feliz?

—Creo que Sí, Eli. ¿Por qué?

—¿Completamente feliz? —insistió el muchacho.

—Completamente feliz, Eli. Pero supongo que lo estás preguntando por algún motivo determinado.

—Desde luego, Garvan.

—Ya no me llames más Garvan, Eli. Simplemente, llámame Jess. En el tiempo... en el poco, tiempo que llevamos juntos, me he convencido de que tu compañía es verdaderamente agradable.

—Lo mismo pensaba mi padre, Jess.

Garvan, que sostenía la conversación como, sin darle excesiva importancia, y estaba tranquilo trabando su caballo en la barra del porche, miró con más interés a Eli Palmer.

—¿Tu padre?

—Mi padre, Garvan. Estoy hablando exacta y precisamente de mi padre.

—Bien..., es muy natural que la presencia de un hijo resulte agradable a un padre, Eli. Lo mismo me sucede a mí con Jessica.

—Yo comprendo eso, Jess —sonrió el muchacho—. Lo que ocurre es que Jessica le tiene a usted vivo. En cambio, mi padre murió.

—Lamento mucho eso, Eli, de verdad. Pero no entiendo qué es lo que estás tratando de decirme.

—Estoy hablando de usted, Jess. Estoy hablando del hombre que ha conseguido adquirir este rancho matando a otros hombres. Estoy hablando del hombre del bondadoso corazón de oro que siempre supo disparar en el momento oportuno..., en el momento oportuno para él, se entiende.

Jess Garvan frunció el ceño. La actitud del muchacho empezaba a desconcertarle. Lo miró más atentamente, y susurró:

—¿Por qué no dices con toda claridad y de una vez lo que tengas que decir, Eli?

—De acuerdo, Jess. Se lo voy a decir. Y estoy seguro de que le bastará cuando le diga que mi verdadero nombre no es Eli Palmer.

—¿No? ¿Cuál es tu verdadero nombre, Eli?

—Eli Everitt.

Garvan achicó los ojos y ladeó la cabeza. Estuvo mirando muy seriamente a Eli Everitt durante casi un minuto. Por fin, poco a poco, comenzó a sonreír.

—¿Everitt?

—Sí, Garvan. Eli Everitt... O sea, hijo de Harlan Everitt. ¿Recuerda usted a Harlan Everitt, Jess?

—Pues sí..., lo recuerdo perfectamente. Es uno de los últimos hombres que tuve que cazar.

—No tenía por qué cazarlo, Jess. Cuando usted lo mató, mi padre se dirigía a la Misión de Nuestra Señora del Carmen, cerca de El Paso, dispuesto a entregarse a un rural. A un sargento de rurales llamado Rick Coler. ¿Jamás oyó hablar, de él, de Rick Coler?

—No. Jamás oí hablar de él, Eli.

—Bien... No importa, Jess. Lo que sí importa es que usted oyó hablar de Harlan Everitt. Es más, usted lo mató.

—Es cierto, Eli. Yo lo maté. Busqué a tu padre, le encontré, y cuando quise detenerlo él intentó... intentó matarme.

—Perdone, Jess. Pero no le creo. Mi padre ya no intentó matar a nadie desde el mismo momento en que decidió entregarse a Rick Coler. Por lo tanto, yo he llegado a una conclusión. Pero no ahora, sino ya hace tiempo, Jess. Y esa conclusión es la de que usted mató a mi padre porque... porque usted tiene un corazón de oro.

—Eres muy amable, Eli. En efecto, creo tener un corazón de oro.

—Su corazón no es de oro, Jess Garvan: es de plomo. De plomo de bala. O digamos que su corazón sólo puede ser comparado con un trozo de plomo. Pero jamás ha sido de oro, Garvan. En realidad, usted es un asesino. Un asesino mucho peor de lo que fue mi padre, Harlan Everitt.

—Creo que éstas sacando las cosas de quicio, Eli.

—No. Yo no lo creo. Durante unas semanas, Jess, he cabalgado con usted. He conocido su manera de actuar, su modo de pensar... he podido convencerme de que si hay algo que usted jamás ha tenido, ha sido un corazón de oro. Por eso, Jess, ahora quiero matarlo.

—¿Estás bromeando, Eli?

—Le aseguro que no. Póngase en mi lugar, Garvan. ¿Qué haría usted con el hombre que hubiese matado a su padre cuando éste no tenía la menor posibilidad de defenderse?

—Ya te he dicho...

—Usted ha dicho que mi padre intentó matarlo. Y yo digo que es mentira. Lo digo, Garvan, con pleno convencimiento, porque le he visto a usted matar a otros hombres con toda naturalidad. Se limitaba a decirles que quería evitar que fuesen linchados, y cuando ellos menos lo esperaban, les metía una bala en el corazón. ¿Cómo quiere usted que yo crea ahora que mató a mi padre en defensa propia, Garvan?

—Está bien. Si no quieres creerlo, allá tú. Pero yo no quisiera tener que matarte, Eli. A ti, no. Podemos hacer una cosa. Monta en tu caballo y márchate. No vengas jamás a Pecos. Desaparece. Si lo haces, yo te prometo que Jess Garvan jamás se acordará de ti.

—Hay un pequeño detalle, Garvan. Aunque usted no se acordase de mí, yo sí me acordaría de usted.

—Eli, te aconsejo..., te aconsejo que no busques complicaciones.

—No más complicaciones, Garvan. No más consejos. No más nada. Simplemente, quisiera que usted pusiese en matarme tanto empeño como yo voy a poner en matarlo a usted.

—¿Verdaderamente eres hijo de Harlan Everitt? —susurró Garvan.

—Verdaderamente.

—¿Y consentiste que llevase a tu padre empaquetado a El Paso? ¿Consentiste que lo entregase al *sheriff* de allá? ¿Consentiste que fuese enterrado como un forajido más, sin asistir siquiera a su entierro, sin ir a su tumba? ¿Has consentido todo eso, Eli?

—Mi padre murió, Garvan. Yo poco podía hacer por él. Solamente vengarlo. Y eso no iba a conseguirlo asistiendo a su entierro, o llorando delante de usted. ¿Puede comprender esto, Garvan?

—Creó que puedo comprenderlo, Eli. Lo que no comprendo es por qué has continuado a mi lado siendo tan servicial y amistoso si tenías intenciones de matarme.

—Y lo voy a matar, Garvan. Por lo menos, voy a intentarlo. Pero es que además lo: voy a hacer de tal manera que nadie podrá jamás molestarme. Si se molesta usted en mirar hacia atrás, verá un hombre a caballo. Ése hombre tiene una cicatriz en la mejilla izquierda. Se llama Rick Coler, y es sargento de los Rurales de Texas. Lleva un montón de días siguiéndonos, Garvan. ¿Y sabe por qué? Porque lo tiene usted intrigado, desconcertado, casi aturdido. No sabe si es usted un cazador de hombres que se ha dedicado a exterminar forajidos, malas personas, o si es usted un canalla. Yo le voy a matar a usted, Garvan. Luego, cuando Rick Coler venga acá y me pida cuentas, le diré lo que es usted: un canalla.

—¿Realmente hay un hombre detrás de mí, Eli?

—No tiene usted, más que volverse y mirarlo, Jess.

Entonces, Jess Garvan, efectivamente, se volvió, no parecía temer en modo alguno que el muchacho aprovecharse su descuido para meterle unas cuantas balas en el pecho. Se volvió, simplemente, y, en efecto, vio al hombre que, a caballo, esperaba expectante lo que estaba sucediendo delante de la casa.

Luego, Garvan regresó su atención hacia Eli Everitt.

—Es cierto. Hay un hombre allí. Y por el brillo que el sol poniente ha puesto en su pecho juraría que lleva una placa clavada en su cazadora.

—Ya se lo he dicho. Es un rural.

—Dime una cosa Eli: ¿por qué no me has matado ahora, en este momento?

—Usted sabe perfectamente que yo no iba a aprovechar esta ocasión, Garvan. Usted sabe que yo no he esperado varias semanas junto a usted para matarlo ahora a traición. Quiero que sepa que lo mato yo.

—¿Y si te mato yo a ti?

—Pues... habrá terminado usted con los Everitt. Pero he aprendido muchas cosas junto a usted, Garvan. Incluso me ha enseñado a disparar mejor de lo que me enseñó mi padre. Yo... reconozco que mi padre, a pesar de ser un forajido y que merecía la cárcel que le hubiese correspondido al entregarse a Rick Coler, no era un hombre tan peligroso, tan duro como usted, Garvan. Pero no importa. Quiero matarlo y quiero hacerlo bien. Quiero que usted sepa que yo, Eli Everitt, hijo de Harlan Everitt, le voy a matar.

—Sigo sin comprender, Eli. ¿Por qué no me has matado antes? Has tenido cientos de ocasiones de meterme unas balas en la barriga.

—¿De qué me hubiese servido? Lo único qué habría conseguido, Jess, es qué usted estuviese muerto ya. Pero en realidad morir es poca cosa para un hombre como usted. Si le hubiese matado en cualquier momento, ahora estaría usted enterrado, o habría sido despedazado por algunos buitres. ¿Y qué? Eso a mí no me habría satisfecho nada. En cambio, Garvan, he sabido esperar el momento en que usted empezaba a considerarse feliz. El momento en que todo le iba bien, en que había dejado de ser un cazapasquines para convertirse en un hombre honrado y tranquilo. Tranquilo, porque nadie ha quedado detrás de usted que pueda buscarle venganza. Y honrado, porque nadie puede probar que usted no es más que un canalla sin escrúpulos que además de cazar hombres les robaba. Y no sólo eso, Garvan, sino que además usted obtenía los frutos de esos forajidos. Si ellos habían robado, usted les robaba a ellos. Por ejemplo, lo que ocurrió en las Apache Mountains. Usted y yo matamos a unos cuantos hombres. Luego, usted dejó de cobrar, una recompensa de mil dólares para quedarse con diez mil.

—De los cuales, Eli, tú tienes cinco mil.

—No se preocupe por el dinero ahora, Garvan. Esos cinco mil dólares, y los suyos, y todo su dinero, irán a parar a quien corresponda. Ahora, sólo se trata de que usted muera.

—Mira, Eli, si me obligas a sacar el revólver...

—No se preocupe por mí, Garvan. Quiero matarlo, ya se lo he dicho. Es posible que sea usted quien me mate a mí. En realidad; es casi seguro, teniendo en cuenta que usted es un hombre mucho más peligroso y experimentado que yo. Pero he practicado mucho. Lo he hecho con la única intención de matarlo. Pero ya le digo, Garvan: no se trata solamente de eso, sino de matarlo ahora, en este momento. Justo en este momento en que usted se considera el hombre más feliz del mundo. Ahora, Garvan, es cuando yo lo voy a matar.

—Estás cometiendo un error, Eli.

—No. No estoy cometiendo ningún error. ¿Y sabe por qué? Porque he esperado el momento justo. No puede imaginarse la paciencia y el dominio de mí mismo que he tenido, Garvan. He esperado el momento justo, créame. Ese momento en que, aunque usted me matase a mí, sé que sería apresado. Ya ha visto usted a Rick Coler, el sargento de los rurales de Texas. Si usted me mata a mí, ese hombre va a prenderlo. Y no lo confunda a él conmigo o con mi padre, Garvan. Rick Coler es un hombre astuto y peligroso. Jamás se ha fiado de nadie, desde que le hicieron la cicatriz en la mejilla, a traición. Sólo lamento que no haya usted encontrado antes en su vida a un hombre como Rick Coler. Si así hubiese sido, Garvan, mi padre todavía estaría vivo.

—De acuerdo, Eli. Puesto que tanto me odias puedes empezar a disparar.

—Sólo quiero saber antes, Garvan, si es que realmente usted se sentía feliz hace unos minutos.

—Me sentía feliz. Completamente feliz, Eli. Y sólo lamento que esta felicidad va a quedar un poco disminuida por tu muerte.

—O por la suya, Garvan. Porque no lo quepa duda: si usted me mata, Rick Coler le prenderá. No crea que es una casualidad que esté aquí. Lleva siguiéndonos muchos días. Es un hombre muy paciente, un perro de presa. Y me apostaría la vida a que Rick Coler sabe ya perfectamente dónde están los diez mil dólares que fueron robados en la diligencia que hacía el recorrido entre Van Horn y Kent. Lo sabe con tanta seguridad, Garvan, que si usted me mata no podrá escapar a Rick Coler. Y voy a decirle todavía otra cosa: Si Rick Coler lo apresa, usted no va a escapar a un buen nudo de cáñamo, Garvan. ¿Sabe lo que esto significa?

—Supongo que estás dando a entender que sería ahorcado.

—Exactamente —rió Eli Everitt—. Pero no se preocupe, Garvan. Nadie le va a ahorcar a usted.

—¿Por qué, Eli?

—Porque yo tengo un corazón de oro. Esto también lo aprendí de usted. Tengo un corazón tan grande, tan bondadoso..., un corazón de oro tan bueno, Garvan, que no voy a consentir que lo ahorquen. Y mucho me temo que la única manera de conseguir que no le ahorquen es matándole. Exactamente lo mismo que ha venido usted haciendo, Garvan. Bien, creo que ya poco nos queda que hablar. ¡Saque el revólver!

—¿Por qué no lo sacas tú primero, Eli?

—Porque no quiero ninguna ventaja de usted. Y además estoy seguro de vencerle, haga lo que haga. Tengo la seguridad, Garvan, de que tengo que ser

yo, Eli Everitt, quien le meta una bala, una bala de plomo en su cochino corazón de oro.

—Bien..., puesto que así lo quieres, Eli..., vamos a intentarlo...

Jess Garvan movió velozmente la mano derecha.

La bajó hasta el revólver y con la palma tocó la culata. Empezó a tirar de él, empezó a sacarlo, y ya el dedo pulgar se crispaba sobre el percutor y el dedo índice sobre el gatillo...

Entonces, Eli Everitt disparó.

Había sido notablemente más rápido que Jess Garvan. Por incomprensible que pareciese, un muchacho de dieciocho años sediento de venganza había movido su mano derecha mucho más rápidamente que la de un cazador de hombres.

Y así, cuando todavía Jess Garvan estaba desenfundando su revólver, Eli Everitt estaba ya apretando el gatillo del suyo.

La primera bala alcanzó a Jess Garvan en un hombro, y lo hizo girar. La segunda bala le alcanzó en el estómago, y le obligó a postrarse de rodillas, con las manos allí, ya olvidado su revólver sobre el polvo. La tercera bala, y justo cuando Jess Garvan miraba incrédulamente a Eli Everitt, le alcanzó en pleno corazón.

Y Jess Garvan, el hombre del corazón de oro, saltó hacia atrás y quedó tendido cara al cielo, con los ojos todavía abiertos. En su corazón de oro acababa de abrirse un agujero producido por una bala de plomo.

Posiblemente, el primer sorprendido fue el propio Eli Everitt. Estuvo unos segundos mirando a Jess Garvan. Luego, muy despacio, comenzó a acercarse a él. Llegó a su lado, e hincó una rodilla en tierra, para examinar mejor el rostro, la última expresión del cazador de hombres.

Estaba muerto.

Muerto, apenas aquella bala de plomo había perforado su corazón de oro.

Y entonces, Eli Palmer, tras ponerse en pie, vio a Jessica Garvan en el porche del rancho. La muchacha parecía necesitar la ayuda de uno de los postes del porche para sostenerse en pie, y miraba con ojos desorbitados hacia la escena que, ahora lo comprendió Eli, acababa de presenciar.

Enfundó el revólver y se acercó al porche. Se detuvo cuando estaba a tres o cuatro pasos de la muchacha, y la miró directamente a los ojos.

—Lo siento, Jessica.

Ella dejó de mirar a su padre y volvió los llorosos ojos hacia el muchacho.

—¿Está muerto, Eli?

—Sí. No merecía otra cosa. Lo único que siento ahora es que tendrá que guardarme rencor, Jessica.

—¿Rencor, Eli?

—Bueno..., yo guardaba rencor a Jess Garvan por haber matado a mi padre. Supongo que no podré evitar que usted me guarde rencor a mí por haber matado al suyo. Pero al menos, tengo la conciencia tranquila por saber que, en realidad, Jessica, por penoso que le resulte admitirlo, acabo de... ajusticiar a un asesino.

—Por favor, Eli...

—Sé que mis palabras son duras. Y haga usted lo que haga a partir de ahora, Jessica, yo lo comprenderé. Es posible que intente vengar a su padre. Hágalo, si lo cree conveniente. Búsqueme y máteme, o hágame matar; pero le aseguro que si había algún hombre que mereciese morir, ese hombre era Jess Garvan, el hombre del corazón... de oro.

—No pienso recurrir a ninguna clase de venganza, Eli.

—Entonces, la felicito. Sólo quisiera..., sólo quisiera, Jessica, que comprendiese la verdad de todo lo que ha ocurrido. Su padre...

—Lo he oído todo, Eli. Sé muy bien lo que ha estado ocurriendo con mi padre. Han hablado ustedes lo bastante para que yo me enterase completamente de todo.

—Lo siento. Pero tampoco quisiera que usted creyese que yo he asesinado a un hombre bueno. Un hombre realmente bueno, Jessica, es Abel Mulligan, por ejemplo. Ahora podrá usted volver junto a él. Y si los dos quieren, volver a este hermoso rancho.

—No lo quiero. No quiero nada de esto. No quiero el rancho, ni quiero nada que se relacione con él, Eli. Está ganado con sangre... Después de oír todo lo que han hablado ustedes dos, no quiero nada que pueda venir de mi padre. Ahora sé lo que he estado haciendo.

—Lamento que esto haya ocurrido, Jessica. Pero yo tenía que hacer lo que he hecho.

—Lo... lo comprendo, Eli. Yo... yo me quedaré hasta el entierro. Luego, regresaré a Kent, junto a Abel Mulligan..., y no querré saber nunca nada del dinero de mi padre, ni de este rancho comprando con oro manchado en sangre. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Gracias, Jessica.

—Pero... pero de todos modos... es mi padre.

Jessica Garvan bajó del porche, y corrió junto al cadáver del cazador de hombres. Se arrodilló junto a él y le alzó la cabeza hasta colocarla en su

regazo. La muchacha tenía los ojos tan llenos de lágrimas que ni siquiera pudo ver al jinete que ahora se había acercado al porche del rancho.

Y el jinete, mirando a Eli Everitt saludó:

—¿Qué tal, Eli?

—Hola, sargento Coler.

—Parece que has tenido dificultades, muchacho.

—Yo no; si acaso, Jess Garvan.

—Claro..., ya entiendo. Nos tenías muy desconcertados, parecías tan amigo del hombre que había matado a tu padre...

—Usted lo ha dicho, sargento: lo parecía. Sólo quería esperar la oportunidad para matarlo. Una oportunidad parecida a la en que él asesinó a mi padre, justo cuando, usted lo sabe muy bien, el peligroso forajido Harlan Everitt se disponía a entregarse y tiempo después emprender conmigo una nueva vida. Jess Garvan nos quitó a mi padre y a mí todo eso., Es justo que yo haya matado a Jess Garvan cuando él también creía tenerlo todo y empezar a disfrutar.

—Es una venganza muy dura, Eli. Hace falta un corazón de piedra para llevarla a cabo.

—¿De piedra? Es posible, sargento... Pero Jess Garvan aseguraba que él lo tenía de oro..., y aunque yo lo tenga de piedra, siempre será la piedra más blanda que el oro.

—No te entiendo, Eli. ¿Dices que Jess Garvan tenía un corazón de oro?

—Se lo explicaré todo por el camino, sargento.

—¿Por el camino?

—Usted ha venido por el dinero que se robó en la diligencia. ¿No?

—Más o menos.

—Pues bien. Yo tengo una parte y sé que Garvan tiene guardada aquí en el rancho todavía, la otra parte. No se ha atrevido a ingresarlo en el Banco. Pero no importa. Todo aquel oro podrá usted recuperarlo.

—Está bien, Eli. Pero no he venido solamente por eso. He venido porque hacía ya tiempo que Jess Garvan me tenía intrigado. No es corriente que en tres años un cazador de hombres gane alrededor de treinta mil dólares. Estábamos muy intrigados... ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo. Y yo le explicaré a usted por el camino todo el sistema de Jess Garvan, el hombre del corazón de oro, pero de oro falso, sargento.

—De acuerdo, Eli. Si quieres venir conmigo, estoy dispuesto a aceptarte como compañero de viaje.

-Gracias.

ESTE ES EL FINAL

El capitán Prescott, de los Rurales de Texas, en El Paso, escuchaba atentamente la explicación del sargento Rick Coler.

—Y ahora resulta que Jessica Garvan no quiere ni un centavo de todo el dinero de su padre. Aparte de lo que se devolverá a quienes puedan demostrar ser propietarios de ciertas cantidades de la pequeña fortuna que había reunido Jess Garvan, queda una cantidad no poco importante, capitán.

—¿Qué ocurrirá con esa cantidad, Rick?

—Jessica Garvan quiere que sea destinada a un hospital que se está construyendo aquí mismo, en El Paso.

—Me parece muy bien.

—Lo único que deseaba la muchacha era ser feliz. Es decir; regresar a Kent y casarse con Abel Mulligan. Abel Mulligan es el alguacil de Kent, capitán. Un muchacho valiente y honrado que fue herido en la búsqueda de los cinco hombres que asaltaron la diligencia de la Texas Overland. Y Jessica Garvan considera que no puede encontrar mayor fortuna que unirse a ese hombre para toda la vida.

El capitán Prescott asintió con la cabeza, evidenciando su admiración en la expresión de su mirada.

—Es una muchacha digna de admiración, desde luego —entonces se volvió y miró a Eli Everitt—. ¿Y tú, Eli, qué piensas hacer?

El muchacho miró de reojo a Rick Coler.

—Quisiera quedarme, señor.

—Quedarte, ¿dónde?

—Aquí señor.

—¿En El Paso?

—En El Paso, sí, señor, pero más exactamente, en este cuartel.

Prescott dirigió, una rápida mirada a Rick Coler e inmediatamente la regresó a Eli.

—¿Quieres ser un rural, Eli?

—Sí, señor.

Bob Prescott miró de nuevo a Rick Coler, pero esta vez no de un modo breve y rápido, como sorprendido, sino, en cierto modo, estudiando la expresión del sargento de rurales. Quería averiguar por esa expresión si un hombre como Rick Coler estaba de acuerdo con que un muchacho como Eli Everitt, hijo de un forajido, cuyo corazón parecía ser duro como la piedra y cuya tenacidad en busca de la presa había sido comprobada, merecía ingresar en los Rurales de Texas.

Bob Prescott vio y comprendió a la perfección la expresión en los duros ojos de Rick, Coler.

Entonces, miró nuevamente a Eli Everitt, y sonrió.

-Admitido.

FIN